

9601

Die 6/5

EL TEATRO.

COLECCION  
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOS SOLDADOS DE PLOMO,

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID:  
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.  
1865.

L47 - 5555

# CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERÍA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesala.  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegación y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar después de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Aché que quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.  
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heroico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barometro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.  
Cañizares y Guevara.  
Cesús suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Como se empuje un marido!  
Con razon y sin razon.  
Como se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres politicas.  
Contrastes.  
Catalina.  
Cárlas IX y los Hugonotes.  
Carnjoli.

Dos sobrinos contra un tio.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Dos artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está local!  
En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el miriñaque.  
¡Es una malva!  
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.  
El onceno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un ángel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El silló de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada dia.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes.  
El ciego.  
El protegido de las nubes.  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español en las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.  
¡El autor! ¡El autor!  
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.  
Taltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el  
ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcón.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Medicis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfecciones.

Jaimé el Barbuño.  
Juan Sin Tierra.  
Juan Sin Pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.

Los nerviosos.  
Los amantes de Chinchón

Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos español.  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huespedes.  
Los extasis.  
La posdata de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Bravo.  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de San Fernando.  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las guceas civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduquesita.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos.  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Caridad.  
La niña tris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La mion en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (alegoria)  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padres.  
Los niños.  
Los moros del Riff.  
La segunda cenicienta.  
La peor cuña.  
La choza del almadreño.  
Los patriotas.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento  
La agenda de Correlargo.  
La cruz de oro.  
La caja del regimiento.  
Las sisas de mi mujer.  
¡Llueven hijos!  
Las dos madres.  
  
Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbano.

LIBRO DE CUENTAS DE  
DON LUIS DE REQUENA

Los gastos de...  
La casa de...  
El salario de...  
Los sueldos de...  
Los gastos de...

LOS SOLDADOS DE PLOMO.

José Rodríguez

# OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

---

Verdades amargas.	La Vaquera de la Finojosa.
Alarcon.	La llave de Oro.
Las prohibiciones.	Grazalema.
Una broma de Quevedo.	El Patriarca del Turia.
El cahallero del milagro.	Las querellas del Rey sabio.
Mariana la barlú.	Mentiras dulces.
Una Virgen de Murillo (1).	¡Santiago y á ellos!
La vergonzosa en palacio.	El padre de los pobres.
Cuando ahorcaron á Quevedo.	La Payesa de Sarriá.
El esclavo.	Los crepusculos.
Una aventura de Tirso.	La cruz del matrimonio.
La vida de Juan soldado.	Los soldados de Plomo.

LOS SOLDADOS DE PLOMO

(1) En colaboracion con D. Luis Mariane de Larja.

# LOS SOLDADOS DE PLOMO,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

**DON LUIS DE EGUILAZ.**

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 27  
de Noviembre de 1865.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

LOS SOLDADOS DE PLOMO

Examinada esta comedia no hallo inconveniente en que su  
representacion se autorice.

Madrid 3 de Noviembre de 1865.

El Censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

LOS CUERPOS DE BARRICA

Representada por primera vez en el teatro del Principe de Viana el 10 de Noviembre de 1865.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lirica titulada El TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID

IMPRESA DE DON ANTONIO MARRAS

†

Á LA MEMORIA

DE LA SEÑORA

DOÑA BALBINA RENART DE EGUILAZ,

(Q. E. G. E.)

---

Al grabar tu nombre al frente de esta obra quiero ser el lapidario que labra la losa de tu sepulcro, Balbina mía.

*Luis.*

Marzo de 1683.



ACTORES.

PERSONAJES.

D. GONZALO FERRER ..... CARRETERA  
 D. JUAN FERRER ..... CARRETERA  
 D. JUAN FERRER ..... CARRETERA  
 D. FERNANDO FERRER ..... CARRETERA  
 D. FERNANDO FERRER ..... CARRETERA

«No andeis cuidadosos por el día de mañana. Porque el día de mañana á sí mismo se traerá su cuidado. *Le basta al día su propio afán.*»

(SAN MATEO, CAP. 6.º, VERS. 34.)

PERSONAJES.

ACTORES.

---

CLEMENCIA.....	D. <sup>a</sup> JOSEFA PALMA.
CÁRMEN.....	D. <sup>a</sup> CÁRMEN BERROBIANCO.
LEANDRO.....	D. JULIAN ROMEA.
ISIDORO.....	D. FLORENCIO ROMEA.
JAVIER.....	D. RICARDO MORALES.

---

El primer acto en Aranjuez: los dos últimos en Madrid.

---

El autor desea que en la representación de esta obra se sustituyan los cuatro versos finales de la escena décima del segundo acto, con los siguientes:

Me causara mas asombro  
en su boca un no fatal,  
que aquel «no,» ya proverbial,  
de un ministro que no nombro.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Jardin de una casa de recreo en Aranjuez.— Á la izquierda, tercer término y casi frente al público, se vé parte de la fachada de la casa por entre los varios grupos de corpulentos árboles que circundan el primer término formando una glorieta. En el centro de esta, hay un arriate ó canastillo y en él diversas flores plantadas en forma cónica.

\* Tres arcos de arroyos y enredaderas dan entrada á la glorieta. La calle de árboles que parte del de la izquierda, termina en la puerta de la casa-pabellón: la que arranca del de la derecha, que se supone que conduce á la calle, en los últimos bastidores del mismo costado. Por el arco del centro se va al fondo del jardín, que está limitado por una estufa ó invernadero.

Pendientes de los arcos hay espejos esféricos. En la glorieta muebles modernos de jardín.

Al ser tan minucioso el autor en todos estos detalles, comprenderá el director que su deseo es que desaparezca lo rutinario de nuestra escena para ser reemplazado por la mas severa pero artistica verdad.

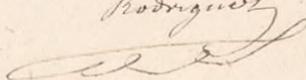
### ESCENA PRIMERA.

CÁRMEN, D. LEANDRO.

Cármén aparece formando un ramo de flores que corta del canastillo. D. Leandro sale de la casa.

LEAND. Hola! Ya te has arreglado?

CÁRMEN. Huy! Cuánto hace!

Rodriguez  


LEAND. Á ver? Bueno.  
No sé por qué no he de verte  
siempre así.

CÁRMEN. ¿Está usted contento?

LEAND. Y ya ves tú con qué poco.  
Padre hay que pasa gruñendo  
un año porque su hija  
se compra un vestido nuevo,  
y yo que por verte guapa  
hasta en comprarlos me meto,  
que vayas como van otras  
ni aun así conseguir puedo.

CÁRMEN. Ya ve usted! Aquí en el campo...

LEAND. Qué campo ni qué embeleco! (Exaltándose.)  
¿No estáis gentes de Madrid  
todo el día recibiendo?

Me irás á probar que en mayo  
es Aranjuez un desierto.  
Luego direis tú y tu madre  
que gruño y gasto mal genio!

CÁRMEN. Pero, papá...

LEAND. Basta! basta!

CÁRMEN. Usted quiere...

LEAND. Solo quiero  
lo que es regular. Que agrade; que al verte salgan diciendo:  
«Hombre, qué chica tan guapa!  
»Si es un ángel!» Y con esto  
y con que alguno me diga,  
*sotto voce* y con misterio:  
«¡Qué hija tiene usted, amigo!»  
ya me doy por satisfecho.

—Es menester no ser niña  
é ir pensando mas en serio.  
Para lograr un partido  
razonable en estos tiempos,  
hay que figurar un poco.

CÁRMEN. Papá!...

LEAND. Nada! Más no hablemos.  
—Si te pones colorada (Muy irritado.)  
y te avergüenzas por esto,  
no sé de qué te ha servido

la educacion del colegio!  
—Y tu madre? (Cambiando de tono.)

## ESCENA II.

DICHOS, CLEMENCIA, que ha salido de la casa; trae su mbrilla  
que cierra al entrar en la glorieta.

- CLEM. Aquí está ella.  
LEAND. Vaya! Pues solas os dejo.  
CLEM. A trabajar ya?  
LEAND. No: voy  
á la estacion, porque espero  
al amigo que te dije,  
y al paso... doy un paseo.  
CLEM. Y piensas traerle á casa?  
LEAND. (Exaltándose por momentos.)  
Pues ya se vé que lo pienso.  
CLEM. Y á qué intimar con un hombre  
á quien de ayer conocemos?  
LEAND. Calla y no digas distlates.  
¿Quieres que no sea atento  
con un cliente que me deja  
doble que Madrid entero?  
CLEM. Bien, hombre, bien; no te alteres.  
LEAND. No, mujer, si no me altero.  
CLEM. (Á Cármen.)  
¿Qué tienes tú?  
CÁRMEN. Yo?...  
LEAND. ¡Ah, si! Mira.  
Yo en casa no quiero estremos,  
y esta de puro mimada  
se va melindrosa haciendo.  
Le he dicho que ya es preciso  
pensar en su casamiento;  
y sin mas ni mas, ya ves  
de qué manera se ha puesto.  
Con que échale tú un sermon,  
y hasta despues.  
CLEM. Hasta luego.  
LEAND. Me guardas rencor?  
CÁRMEN. Yo á usted?  
(Echándosele al cuello.)

LEAND. Eh! ya pasó.—Pronto vuelvo.  
(Váse por el arco de la derecha.)

### ESCENA III.

CLEMENCIA, CÁRMEN.

CLEM. Vamos, hija, eso no es nada.

CÁRMEN. Ya lo sé.

CLEM. Entonces?...

CÁRMEN. Perdona.

Pero cuando papá empieza  
á hablarme de ciertas cosas,  
tengo que hacer un esfuerzo  
para no llorar.

CLEM. Qué tonta!

CÁRMEN. Como ya sé sus ideas...

CLEM. Las cambiará.

CÁRMEN. Dios te oiga!

Siempre los grandes partidos  
y las magnificas bodas...  
y lo magnífico y grande  
es siempre al fin de la historia,  
que el novio tiene dinero.

CLEM. Si eso es solo hablar, ¿qué importa?

CÁRMEN. No es solo hablar: bien lo sabes.

En cuanto oigo de su boca  
ciertas frases, ya estoy viendo  
un pretendiente que asoma.  
Él tiene plan: no lo dudes.

CLEM. Quita! Eres lo mas medrosa...

CÁRMEN. Es que los hay tan pesados!...

Recuerda que siempre apoya  
papá unos señores...

CLEM. Calla!

Á qué atormentarte ahora  
por meras suposiciones?  
¿No eres bastante dichosa?  
Pues no pensemos en eso.  
—Ya se aproxima la hora  
de que Javier venga.

- CÁRMEN. Si.
- CLEM. Y si te halla cabilosa...
- CÁRMEN. Es verdad! Estás en todo.
- CLEM. Ven acá. Esa peinadora nunca te deja á mi gusto. Para ella en siendo de moda un peinado, ya es forzoso que ha de sentar bien á todas.
- CÁRMEN. ¿Le pareceré bonita á Javier?
- CLEM. No: encantadora.
- CÁRMEN. No está el encanto en tus ojos.
- CLEM. Vamos, vamos: no seas loca, y hablemos un rato en cuerdo. —¿Le quieres tanto en persona como en cartas? Ayer, Cármen, tras de una ausencia forzosa de dos años le hemos visto; y esta es la ocasion mas propia de que juzgues si le quieres ó si has querido una sombra, que escribia frases bellas desde comarcas remotas. Á tu edad se sueña mucho, y es preciso echar la sonda con tino y cuidado al alma, para ver si ama ella toda ó si es la imaginacion solo la que se enamora. ¿Qué te ha parecido ayer?
- CÁRMEN. ¿Á mí, mamá?...
- CLEM. Te sonrojas?
- CÁRMEN. Me da vergüenza.
- CLEM. De mí?
- CÁRMEN. Mamá!
- CLEM. Vamos! no seas boba. Te ha parecido...
- CÁRMEN. Mejor que antes que se fuera.
- CLEM. Oiga! Tarda en esplicarse puede ser mi niña, que se corta;

mas como una vez se esplique,  
se hará entender de una sorda.

CÁRMEN. Ves? Ya me haces burla!

CLEM. ¿Con que

á los ojos de su novia  
el sol del Asia no ha hecho  
que desmerezca?

CÁRMEN. El que á solas

con la muerte logró un día  
tras de muy amargas horas,  
sana y salva devolverme  
á mi madre cariñosa,  
no tendrá á mis ojos nunca  
la cara morena ó roja;  
tendrá una cara que siempre  
ha de parecerme hermosa  
la del ángel que á mi madre  
ha salvado.

CLEM. Reflexiona  
que amor y agradecimiento  
son muy diferentes cosas.

CÁRMEN. Hijo y padre son en mí.  
—Tú, mamá mia, aun ignoras  
cómo estuviste y qué angustias  
pasé yo por tí tan hondas.  
Sola contigo en un pueblo  
de cuatro casas ó chozas,  
y donde era todo el mundo  
extraño para nosotras,  
el mal que allí te llevaba  
ví agravarse hora por hora.  
En aquel pueblo no habia  
mas médico que un idiota,  
que al verte, sin mas preámbulo,  
me dijo: «que se dispóngas.»  
Papá viajaba por Francia,  
yo era niña, y entre toda  
la gente que me cercaba  
mercenaria y codiciosa,  
no via la cara amiga  
que con horrible zozobra  
buscaba por todas partes.

Estraviada y llorosa  
dirigí la vista al cielo,  
y en la pared de tu alcoba,  
casi sobre tu cabeza,  
ví una estampa ruda y tosca  
de la Virgen del Pilar,  
que, entre la luz y la sombra,  
me pareció circundada  
de una radiante aureola.  
«¡Madre, sálvame á mi madre!»  
grité con voz fervorosa...

y oí un rumor, y en la puerta  
ví la cara melancólica  
de un jóven desconocido  
que con mirada amistosa  
me contemplaba. Era él!  
Él, á quien Nuestra Señora,  
de mis lágrimas movida  
y con mi angustia piadosa,  
para salvar á mi madre  
me envió desde su gloria!

CLEM. Si sigues vamos las dos  
á llorar como unas tontas.

CÁRMEN. Y qué importa, si son gratas,  
que nuestras lágrimas corran?  
Tú no puedes figurarte  
qué dulce y qué melodiosa  
sonó su voz en mi oído  
al decir sin vanagloria:  
«El médico de este pueblo,  
por su celo, se equivoca.

Hay peligro, pero yo  
respondo de esta señora.»  
No, yo no puedo creer  
que del acaso es la obra  
el que allí Javier naciera,  
y que en tan supremas horas,  
próximo á partir del Asia  
á las abrasadas zonas,  
viniese á ver su familia.

CLEM. Dios oprime, mas no ahoga.  
Si al oír Javier entonces

que en aquella pobre fonda  
sola con su hija estaba  
espirando una señora  
no se te hubiese ofrecido  
con su ciencia y su persona,  
quizás aun triste viviera  
sin la esperanza que hoy forma  
su delicia y que le alienta  
en su carrera espinosa.

—Sabes tú cómo se llama  
su esperanza halagadora?

CÁRMEN. Como no se llame Carmen  
yo no lo sé.

CLEM. Vanidosa!

#### ESCENA IV.

DICHAS, JAVIER.

JAVIER. Si, si: ya el jardín conozco. (Dentro.)

CÁRMEN. Ah!

JAVIER. Clemencia?...

CÁRMEN. Amigo mío,

á mí logró usted salvarme  
casi, según imagino,  
con su presencia; mas Carmen  
parece que con lo mismo  
que sanó su madre, enferma  
á juzgar por los indicios.

Mire usted cuál se ha quedado  
solamente con oírlo!

CÁRMEN. Es que... aunque á usted esperábamos,  
y aunque ayer ya le hemos visto,  
su voz, yo no sé por qué,  
de un modo me ha sorprendido...

JAVIER. Señorita...

CLEM. El señorita

usté, y tú el *usted* que has dicho,  
bien pueden en mi presencia  
quedar desde hoy suprimidos.

(Á un movimiento de Javier.)

—En mi casa de Madrid  
tengo un mueble que destino

á guardar cuantos objetos  
me son por algo queridos.  
Este almacén de recuerdos  
—que en casa llaman mi archivo—  
las cartas de usted encierra  
de que esta hace paquetitos,  
y yo en mis ratos de ocio  
suelo hojear ese libro.

JAVIER. Gracias.

CÁRMEN. Es que... tutearle...

Ya verás como no atino.

CLEM. No? Pues cuando le escribias...

CÁRMEN. Ah! con la pluma es distinto.

No es verdad, Javier? ¿Ahora

me diría usted: «ángel mio,

mi bien, mi gloria, mi cielo,

mi esperanza y mi delirio»,

como me decía en todas

las cartas que he recibido?

No; me mira usted y se calla

como yo. Por eso digo

que una cosa es la palabra

y otra cosa es el escrito.

CLEM. Y qué tal se encuentra usted

en Madrid?

JAVIER. Oh! yo no vivo

en Madrid hasta que ustedes

vuelvan allá. Solo he visto

desde la estación á casa

lo que he hallado en el camino.

CÁRMEN. Con tal que cuando volvamos

no haya guerra en otro sitio

y tenga usted que marcharse...

JAVIER. Traigo el propósito fijo

de no alejarme de ustedes.

Si el regimiento en que sirvo

deja á Madrid ya he resuelto

retirarme del servicio.

CLEM. Bien, si; pero su carrera...

JAVIER. Curando enfermos y heridos

y vistiendo un uniforme

en el Asia la he seguido.

Curaré en Madrid enfermos  
con el traje que ahora visto,  
y todo á un cambio de ropa  
se quedará reducido.

CLEM. Hay que pensarlo no obstante.

CÁRMEN. Eso es! Forma un buen designio  
y vas á contrariárselo.

¿Pensarlo? Y á qué? Yo opino  
que no pensará en su vida  
cosa alguna con mas juicio.

JAVIER. Cuando conocí á Carmela  
tenia el pase pedido  
para Manila: si entonces  
no dejé ya mi destino,  
solo fué porque teniendo  
allí á la sazón principio  
una guerra, alguno acaso  
hubiera de mí creído  
que así por miedo intentaba  
huir del fuego el bautismo.  
Hoy que tildarme no pueden  
de cobarde con motivo,  
allí donde ustedes vivan  
vivir tengo decidido.

CÁRMEN. Me quieres?

JAVIER. Si.

CLEM. Hola! Ya hay tú?

CÁRMEN. Se me escapó.

CLEM. ¿Y el «no atino?...»

CÁRMEN. La costumbre... Ya ves, como  
que tantas veces lo he escrito...

—Dispense usted.

JAVIER. (Soutiéndose.) Yo?...

CLEM. Silencio!  
que viene aqui mi marido.

## ESCENA V.

CLEMENCIA, CÁRMEN, JAVIER, D. LEANDRO, ISIDORO.

Salen por el foro derecha y bajan á la glorieta.

LEAND. Aquí estan.

- ISIDORO. Señoras?...
- CLEM. Oh!  
Conde! ¿Usted por este Sitio?
- LEAND. Viene solo á que le demos  
de comer, segun me ha dicho,  
y á tratar por incidencia  
cierto negocio conmigo.  
Nos consagra todo el dia.
- CLEM. Mil gracias.
- CÁRMEN. (Ves qué fastidio?!)
- JAVIER. (Ya lo veo.)
- ISIDORO. Yo soy quien  
debo estar agradecido.
- CLEM. ¿Por venir á distraernos  
algun rato á este retiro?
- CÁRMEN. (Sí! Bonita distraccion!)
- ISIDORO. Yo...
- LEAND. Vaya! Á un lado cumplidos.
- CLEM. Ah! Se me olvidaba.—Mira,  
Leandro: este caballero  
es don Javier de Hinestrosa.
- LEAND. ¿Si? Deme usted acá esos cinco.  
Hombre! Si supiera usted  
la desazon que he tenido  
con no estar ayer en casa  
cuando á visitarnos vino!...
- Vaya! vaya! Y lo que hemos  
hablado de usted! Qué tríos!  
Que si está allá! que si viene!  
y qué sé yo!... Pero, hijo,  
con tanto oír que en su ciencia  
era usted casi un prodigio,  
me habia yo acá formado  
un concepto tan distinto  
de su persona que... ¡vamos!  
al verle me he sorprendido...  
¡Si es usted una criatura!  
¡Qué diantre! Y un guapo chico.
- JAVIER. Yo...
- ISIDORO. (Pues segun la acogida  
debe ser un Creso el niño.)
- LEAND. Conque... nada: yo soy hombre

de temple así un poco antiguo,  
que no gasto cumplimientos  
y que siento lo que digo.  
Usted ha salvado á Clemencia;  
mi persona, mi bolsillo  
y mi casa están dispuestos.  
Diga usted: «Esto necesito»  
y ya basta: aquí no hay más  
que el pan pan y el vino vino.

JAVIER.

Gracias...

LEAND.

Qué gracias ni qué!...

CÁRMEN.

(Ves lo bien que le ha acogido?

CLEM.

Si.)

ISIDORO.

Conque este caballero  
ha salvado de un peligro  
á Clemencia?—Usted no sabe  
cuánto darian muchísimos  
por encontrarse en su puesto.

JAVIER.

No lo sé; mas lo concibo.

ISIDORO.

De mí sabré á usted decirle  
que con el alma le envidio.  
¿Qué hizo usted para librarla?  
qué hazaña? qué sacrificio?

JAVIER.

Asistir cada mañana  
siete años consecutivos  
al colegio de San Carlos.

ISIDORO.

(Ah!... qué tonto! Ya me explico!...)  
Es usted médico.

JAVIER.

Si.

ISIDORO.

De estos que dan globulillos?

CLEM.

De los otros. (Con rapidez.)

ISIDORO.

Qué lo siento!

JAVIER.

Por qué?

ISIDORO.

Porque así, amiguito,  
no hará usted en Madrid fortuna.

JAVIER.

Verémos.

LEAND.

Con que lo dicho.

—Tengo que hablar con el conde,  
y me voy con su permiso.

CLEM.

Quédate. Quiero que vea  
Javier, nuestro jardincito;  
y entre tanto, hablan ustedes.

- LEAND. Por mí... (Consultando con la mirada á Isidoro.)  
ISIDORO. A mí me da lo mismo.  
CLEM. Pues hasta luego.  
LEAND. Hasta luego.  
CÁRMEN. (Me quieres?)  
(Al dirigirse al velador para tomar su sombrilla, que ha aparecido sobre él.)  
JAVIER. Si.)  
ISIDORO. Adios, amigo. (Se saludan.)  
CLEM. (Eh! Ya vas á verle á solas.)  
CÁRMEN. Si en dos años no le he visto!)  
(Vánse por el arco del centro; al pasar al jardin, abren sus sombrillas y se les vé pasear por el fondo.)

## ESCENA VI.

D. LEANDRO, ISIDORO.

- LEAND. Con que, ea, vamos á ver  
qué le trae por aqui.  
Sociedad nueva, eh?  
ISIDORO. Pch! Si.  
Algo de eso viene á ser.  
LEAND. Usté es brujo: no hay remedio;  
le confieso que me espanta.  
Otra sociedad en planta,  
y van cinco en año y medio!  
Qué alma. qué aplomo y qué fé,  
y qué espíritu de empresa!  
Vamos! Ni Santa Teresa  
ha fundado mas que usté.  
ISIDORO. Hombre!...  
LEAND. En el mismo momento  
en que vino usted á hablarme,  
dije: «Este va á consultarme  
otro nuevo reglamento.»  
Es usté el rey de la banca,  
y he de proclamarlo á gritos.  
Va usté á dejar tamañitos  
á Roschil y á Salamanca.  
ISIDORO. Pero...  
LEAND. Olvidé por su mal,  
que usté al tiempo cobra rédito.

- Con que... es sociedad de crédito?
- ISIDORO. No: sociedad conyugal.
- LEAND. Calle! Usted!... (rie.) Mas bien pensado,  
ya tenia yo barruntos...  
Pero para esos asuntos  
no se busca al abogado.  
Ó convida usted testigos  
ó ignoro de qué se trata.
- ISIDORO. Don Leandro, hablemos en plata  
y como buenos amigos.
- LEAND. Diga usted.
- ISIDORO. Soy elegible  
y aun elector. Es verdad  
que me encuentro en esa edad  
que llaman indefinible;  
pero apaguemos la luz  
que ese defecto no esconde,  
y vamos á que soy conde  
y ya dos veces gran cruz.  
Mi rostro no es tal, que asombre  
aunque paso del abril:  
no soy un hombre gentil,  
pero soy un gentil-hombre.  
(Indicando el sitio en que se lleva la llave.)  
De fortuna estoy tal cual;  
en política, aceptado:  
siempre he sido diputado  
de orden.
- LEAND. Si, ministerial.
- ISIDORO. Eso.—Yo sigo mi senda,  
y aunque no meto ruido,  
en dos crisis han oido  
mi nombre ya para Hacienda.  
Con que si Dios nos da vida...  
La cosa no está segura.
- LEAND. Cá, cá! Esta gente no dura!
- ISIDORO. Está ya tan conocida!
- LEAND. En cuanto un hombre de brios  
de su escaño se levante...
- ISIDORO. Caen! Si eso á cada instante  
se lo digo yo á los míos.
- LEAND. Es un hecho.

ISIDORO.

Y diga usted:

el que en esta posicion,  
—con razon ó sin razon—  
llega á estar, es justo que  
prosiga cual yo el camino  
que á mi edad cansa y enfada  
de la vida relajada,  
de bromas y de Casino?

LEAND.

Digna es tal vida—en verdad—  
de algun autorcillo inédito;  
mas no de un hombre de crédito  
y respetabilidad.

Usted es rico; usted ha gozado  
de cuanto goza la gente,  
y ya pasiones no siente,  
porque se encuentra gastado.  
Con que á humillar la cerviz  
como antes yo la humillé:  
y qué demonio! haga usted  
á una muchacha feliz.

ISIDORO.

Si eso es lo que me he propuesto  
y lo que ahora solicito.

Yo una mujer necesito  
que me cuide.—Y fuera de esto,  
¿no vé usted en las Córtes cuánta  
simpatia se concilia,  
aquel padre de familia  
que animoso se levanta  
á inculcar principios fijos,  
gritando: «Votad! no ois?  
Por mi boca habla el pais,  
que es la patria de mis hijos.»

Y ¿cómo decir podrán  
los solteros sin dar risa:  
«Si una víctima es precisa,  
yo seré un nuevo Guzman?»  
De esto que dejo apuntado,  
hacer podré mil discursos.  
Es un plantel de recursos  
la oratoria de casado.

LEAND.

Y en los negocios...

ISIDORO.

¿Es dable

emplear mejor anzuelo  
que el de una gente, modelo  
de conducta irreprochable?  
¿Quién que tal fama no cobre,  
por mas que dé garantías,  
lograr puede en nuestros días  
ser el banquero del pobre?  
Un hombre que con prolijos  
cuidados y honrado afán  
gana trabajando el pan  
de su esposa y de sus hijos;  
hombre que, aunque ya se ve  
sobre bolsas y bolsines,  
se va con sus chiquitines  
por esas calles á pie,  
y oye á su paso decir:  
«No hay quien mas rico que él sea,  
y con sus niños pasea  
como el que sale á pedir.»  
«Ese los educa austeros  
para que honra puedan darle.»  
¡Vamos, da gusto llevarle  
á un hombre así su dinero!

LEAND. Me espanta el golpe de vista  
y cómo da usted en el quid.

ISIDORO. Pues, hombre, andando en Madrid  
y entre tanta gente lista...  
no sé!... Si esta educacion  
no fuera á uno provechosa,  
le digo á usted que era cosa  
de meterse en un rincon.

LEAND. Un hijo tuve, y le digo,  
sin paternales engaños,  
que aunque murió de diez años  
era ya el mismo enemigo;  
pues si viviera, mi anhelo  
por su bien solo seria,  
que, rodando el mundo, un día  
tomara á usted por modelo.

ISIDORO. Si murió no puede ser  
que yo le eduque y dirija,  
pero usted tiene una hija

- y algo podemos hacer.
- LEAND. ¿Cómo?
- ISIDORO. Yo me he de casar.
- LEAND. Es que dotarla no puedo...
- ISIDORO. Por eso no pase miedo.  
No voy dinero á buscar.  
Una niña tan modesta  
que ni áun á hablar se propasa,  
mujercita de su casa,  
económica y dispuesta;  
una niña que ya corre  
con todo aquí ella solita,  
¿qué mas dote necesita  
que el dinero que me ahorre!  
Ahora en el caso fortuito  
de que mañana faltara  
usted, y la chica heredara...  
yo me alegraré infinito.
- LEAND. Entonces...
- ISIDORO. Voy á acabar.  
Usted es el abogado  
mas bien querido y mas honrado  
de Madrid á no dudar.
- LEAND. Eso sí.
- ISIDORO. ¿Y no se le alcanza  
á quien anda en tanta empresa  
lo que un nombre puro pesa  
del comercio en la balanza?  
Cuanto yo emprenda, al momento  
se dirá que usted lo hace.  
Mi casa con este enlace  
gana un doscientos por ciento.
- LEAND. Esta manía maldita (Con risa bondadosa)  
de hacerse el malo! Bobada!  
¿No influye para esto en nada  
el ser la chica bonita?
- ISIDORO. Hombre... sí. ¿No ha de influir!  
Si ella una tarasca fuera,  
puede que me detuviera  
el tem or de hacer reir.  
Pero siendo regular...  
Para mujer propia todas

- son lo mismo. En esto hay modas  
en las que nunca he de entrar,  
porque las juzgo manías.  
Hay hombre que se enamora...  
y que dice que la adora...
- LEAND. Bah! bah! esas son tonterías.
- ISIDORO. Eso... pasa.
- LEAND. Es la verdad  
y lo que en limpio he sacado.  
Yo me casé enamorado,  
y hoy...
- ISIDORO. Pues!
- LEAND. Ya ve usted, á mi edad!...
- ISIDORO. Bien educada, eso sí.  
Si quiero abrir mis salones  
y dar cuatro reuniones  
ó un thé ú otra cosa así...  
bueno es que sepa ese artículo  
de recibir y tratar,  
y que me haga bien quedar  
y no me ponga en ridículo.
- LEAND. Claro!
- ISIDORO. Y que en una ocasion  
que mi crédito exigente  
lo reclame, se presente  
llevando encima un millon.
- LEAND. Pues nada, lo que es por mí...  
Si usted lo ha pensado bien...
- ISIDORO. Pensarlo? Le he dado cien  
vueltas. ¡Cuando yo hablo así!
- LEAND. Es verdad. Y ahora que ya  
tan claro usted se ha explicado,  
que era mi sueño dorado  
esta alianza sabrá. (Con expansion.)
- ISIDORO. El buen don Leandro!
- (Riende y dándole una palmada en el hombro.)
- LEAND. Sí.  
—Mas antes de nada es justo  
saber de Cármen el gusto. (Pro fórmula.)  
Ella es quien se casa y...
- ISIDORO. Sí. Violencias con las damas  
y usar con ellas el dolo...

- Quite usted allá! Eso sólo se ve ya en los melodramas.
- LEAND. Pues ¡nada! vamos á ver...
- Mas... ¿le gusta á usted? Conteste.
- ISIDORO. Qué demonio de hombre... éste!  
Todo lo quiere saber.  
Me gusta, si señor.
- LEAND. (Muy satisfecho.) Ya!  
No es verdad que es una perla  
y que da delicia el verla?
- ISIDORO. Si, señor. (Como quien hace una gran concesion.)
- LEAND. Ya estaba acá!  
—Hola!  
(Á CLEMENCIA, que se aproxima seguida de Cármen  
y Javier.)

### ESCENA VII.

DICHOS, CLEMENCIA. — JAVIER y CÁRMEN en el foro.

- CLEM. No interrumpo, no.  
(Desde el arco del centro.)  
Vamos de paso.
- LEAND. No importa.  
Tu presencia aquí no corta  
la conferencia. Antes yo  
pensando estaba llamarte  
porque el cóncilave se aumente,  
que en el negocio presente  
tambien entras tú á la parte.
- CLEM. Sí? (Bajando. Cármen y Javier siguen hablando,  
siempre á la vista del público.)
- ISIDORO. Don Lêandro, por Dios!  
La fina y encantadora  
sátira de esta señora  
me espanta. Solos los dos  
que lo tratarán quisiera,  
aunque despues á un careo  
llamen á este pobre reo.
- LEAND. Bueno, bien. De esa manera  
antes del paso se sale.
- ISIDORO. Señora?... (Saludándola.)

(Clemencia permanece muy pensativa.)

LEAND. Sin cumplimento.

—Yo volveré en el momento  
que en mi despacho le instale.

—De paso allí verá usted

(Marchando hácia la casa.)

aquel escrito...

ISIDORO. Ya estoy.

Se acabó?

LEAND. Se acaba hoy.

ISIDORO. Sí? (Entran en la casa.)

CLEM. (Qué es esto?)—Niños! Eh! (Llamándolos.)

## ESCENA VIII.

CLEMENCIA, CÁRMEN, JAVIER.

CÁRMEN. Mamá?

CLEM. Se ha hablado bastante?

JAVIER. Pero usted, á qué se alejaba? (Sonriéndose.)

CÁRMEN. En nada nos estorbaba  
que estuvieses tú delante,

CLEM. Pues ustedes á mí, sí.

No me gusta oír hablar cuando  
me paseo meditando. (Fingiéndose seriedad.)

CÁRMEN. Cómo nos quieres!

CLEM. Yo á tí!

—Eh! Se acabó la licencia  
que les dí para charlar,  
y vamos á celebrar

los tres una conferencia. (Pausa.)

—Hemos llegado á un terreno

en que es un contrasentido

que no entere á mi marido

de lo que pasa.

JAVIER. Sí.

CLEM. Bueno.

—Yo, quizás obrando mal,  
he preferido auxiliarles

hasta hoy, por no crearles

un compromiso formal.

Quería así conseguir

- que cuando á verse volvieran  
de su porvenir pudieran  
con libertad decidir.  
El caso ha llegado ya,  
y ahora consejo les pido.  
¿Debo hablar á mi marido?
- JAVIER. Sí, sí. (Rápido.)
- CÁRMEN. Y al punto, mamá.
- CLEM. Miradlo bien!...
- JAVIER. Yo creeria  
faltar sin eso á un deber.
- CÁRMEN. Sí, que así veré á Javier  
á todas horas del dia.  
Díselo, mamá.
- CLEM. Por mí...  
Ustedes ciertos están  
de que no lo sentirán?
- CÁRMEN. Lo estamos.—Digo... yo, sí.
- JAVIER. Yo tambien. (Sonriendo.)
- CLEM. Lo sé, Javier.  
Y ahora yo de usted exijo,  
como una madre de un hijo,  
que en todo me deje hacer.
- JAVIER. Pues qué?... (Alarmado.)
- CLEM. ¿Á qué he de conservar  
con ustedes el secreto  
de que el conseguir mi objeto  
me va trabajo á costar?  
Léandro es todo un buen padre  
y en serlo su gloria fija.  
Léandro quiere á su hija  
mas que yo, que soy su madre.  
Cármen es su mundo entero,  
la ocupacion de sus ocios;  
mas... los hombres de negocios  
miran un poco el dinero.  
Esto es corriente á su edad  
y justo, pensando en ello,  
que para esta quiera aquello  
que él juzga felicidad.  
Y así... siendo sus afanes  
que á ser rica Cármen venga,

- yo no extrañaré que tenga (Sencillamente.)  
sobre este asunto otros planes.
- JAVIER. Entonces... (Aterrado.)
- CÁRMEN. Pero, mamá... (Id.)
- CLEM. Esto es prevenir á usted.
- CÁRMEN. Mas?...
- CLEM. No temas. Le hablaré  
y todo se arreglará.
- JAVIER. (Con celo.)  
Mas si él quien soy me recuerda...
- CLEM. Hace usted de calma acopio,  
y no vendrá el amor propio  
á hacer que todo se pierda.
- CÁRMEN. No, no.
- CLEM. (En tono de reconvencion.)  
¿No fuera un dolor  
y hasta accion digna de un loco  
sacrificar á tan poco  
tan santo y tan puro amor?  
De ambos puede la desdicha  
labrar con solo un murmullo...  
¿Qué dicha nos da el orgullo  
para inmolarle la dicha?
- JAVIER. Señora, ante ese espectáculo (Decidido.)  
lo que usted me mande haré.
- CÁRMEN. Gracias.
- CLEM. Es decir que usted  
no opondrá ningun obstáculo.
- JAVIER. Ninguno. (Con decision.)
- CLEM. Usted quiere á Carmen (Rapidez.)  
y es digno de ser querido.  
Usted será su marido. (Con conviccion.)
- CÁRMEN. Sí? (Gozosa.)
- CLEM. No obstante, no se alarmen  
si tarda el consentimiento,  
ni teman por su reposo,  
que convencer á mi esposo  
no es cosa así del momento.  
—Si luego al volverle á ver (Á Javier.)  
algo á su pobreza alude,  
usted á la paciencia acude  
y calla, y no hay que temer,

Que alguna pulla embozada  
suelta y con ella le acosa...  
usted como si tal cosa;  
usted no ha entendido nada.  
Y si le causa sonrojos  
oir alguna simpleza,  
saque fuerzas de flaqueza  
mirándose en estos ojos.  
(Tomándole la cara á Cármen.)

JAVIER. Don Leandro! (Rápido.)

CLEM. Le espero aquí.

CÁRMEN. Tengo un miedo...

CLEM. En mí confía.

CÁRMEN. Vamos...

CLEM. Por ahí, hija mia, (Por la izquierda.)  
y usted, Javier, por allí. (Por la derecha.)

### ESCENA IX.

CLEMENCIA, LEANDRO, saliendo de la casa.

CLEM. (Á vencer me hallo resuelta, (Para sí.)  
y no obstante estoy temblando.)

LEAND. Qué haces? (Muy gozoso.)

CLEM. Te estaba esperando.

LEAND. Pues héteme ya de vuelta.  
¿No nota tu ojo avizor  
en mí algo extraño, aunque grato?

CLEM. Sí, me ha extrañado hace un rato  
verte de tan buen humor. (Rápidéz.)

LEAND. Es que me rebosa.

CLEM. Si?

¿Diste cima á alguna empresa?

LEAND. Á la que mas me interesa.

CLEM. Pues no me impacientes, dí. (Rápidéz.)

LEAND. Á una gran satisfaccion  
tu alma prepare aposento.

CLEM. Si? (Pues que está tan contento  
nunca mejor ocasion.)  
Vamos, dí.

LEAND. Tu idea fija,  
ya es realidad y muy grata.

- CLEM. De qué se trata?  
LEAND. (Rápido.) Se trata  
del porvenir de tu hija.  
CLEM. Cómo?  
LEAND. Te vas á encantar.  
CLEM. Qué raro paralelismo!  
LEAND. ¿Parale... (Clemencia le corta la palabra.)  
CLEM. Es que de eso mismo  
te iba yo hace un rato á hablar.  
LEAND. Ah! Sabes?... ¿Ves qué fortuna?  
¿Conque él te habló por su cuenta!  
CLEM. Él! (Con extrañeza. Rapidez.)  
LEAND. Por tenerte contenta.  
No se le escapa ninguna!  
Pero lo que no es tan llano  
que sepas hasta el presente,  
es que aquí, solemnemente,  
me pidió ha poco su mano.  
¿No sientes de llorar gana,  
y un tierno indecible afán  
al pensar que admirarán  
su tren en la Castellana...  
y que entre la gente toda  
de la banca y la grandeza  
brillará por su belleza  
como reina de la moda?  
Te confesaré un desliz (Conmovido.)  
de mi ánimo poco firme,  
y es que ya pienso en morirme,  
pues la miro tan feliz!  
CLEM. Pero explícate... es que ignoro...  
(Y yo que habia creído!...)  
Quién su mano te ha pedido? (Rapidez.)  
LEAND. No lo sabes? Isidoro.  
CLEM. ¿El conde!  
LEAND. No te lo dijo?  
Isidoro mismo, sí;  
—ahora ya le llamo así  
tratándole como á hijo.—  
CLEM. Trátale como te cuadre,  
pero ese hombre—lo verás—  
no la quiere. Eso jamás

se le ha escapado á una madre.

Conque la vista dirija

á ella quien nunca la vió,

—no lo dudes—ya sé yo,

con qué ojos mira á mi hija.

El padre quiere; á los padres

no hay cosa que se resista;

pero esta segunda vista

solo la tienen las madres.

Y lo verás, lo verás; (Con decision.)

cuando yo no lo he notado,

ni ese hombre nunca la ha amado

ni puede amarla jamás.

LEAND. Ya, ya entiendo. Tú querrias (Mofandose.)

que hecho un niño de andadores

se pusiera á echarle flores

y hacerle zalamerias.

Tan absurda pretension

hasta carece de nombre.

Eso no está bien á un hombre

de su edad y posicion.

CLEM. Leandro, eso no es verdad,

y lo sabes por fortuna.

Todo enamorado es de una (Con arrebató.)

posicion y de una edad.

No está el cariño en la flor

ni en esas miradas tiernas;

mas esas son las eternas

expansiones del amor.

Arráncale lo ideal

que juzgas necio al presente,

y te queda solamente

el deseo más brutal.

No cejo en mi idea fija

porque es verdadera y justa:

á ese hombre quizá le gusta;

pero no quiere á mi hija.

LEAND. Déjame á mí de tonteras

ya que á la dicha me entrego.

Prepara á Cármen, y luego

piensa de ello lo que quieras.

CLEM.

Es que...

- LEAND.            Á todas igualmente  
                  os falta algo aquí.—¡Un partido  
                  como este! Vaya!
- ISIDORO. (En la puerta de la casa.) (Han concluido.)  
                  —¿Se da audiencia al delincuente?

### ESCENA X.

DICHOS, ISIDORO, JAVIER, que se va luego.

- LEAND. (Calla) Hola! (Yendo al encuentro de Isidoro.)
- CLEM. (Llamándole por la derecha.)  
                  (Pronto, Javier.)  
                  (Al aparecer este entre el ramaje.)  
                  Márchese usted.)
- JAVIER.            (Pero...)
- CLEM.                Al punto.)  
                  (Váse Javier.)

### ESCENA XI.

CLEMENCIA, LEANDRO, ISIDORO.

- ISIDORO. (Á Clemencia y Leandro.)  
                  No pregunto, no pregunto.  
                  Es que me puse á leer,  
                  y la impaciencia satánica  
                  con que un fallo espera el reo,  
                  me hizo arrojar á Lineo.  
                  —Me dedico á la botánica.
- CLEM. (En tono jovial y ligero.)  
                  Reo, sé por la defensa,  
                  —por cierto hecha con calor,—  
                  sé decia, el mucho honor  
                  que usted á la niña dispensa.
- ISIDORO. Señora, ¿quién más honrado  
                  que yo, si con sus favores...
- CLEM. Va á pasar á más señores  
                  la causa, aún no han sentenciado.  
                  La niña ha de decidir  
                  sobre un asunto tan grave,  
                  y á estas fechas nada sabe.

LEAND. Él se lo debe decir.  
ISIDORO Oh! sí señor; claro está.  
LEAND. Eso á las chicas les gusta...  
ISIDORO. No! Si es pretension muy justa.  
Ya verá usted!...

## ESCENA XII.

DICHOS, CÁRMEN, por el arco del centro.

CÁRMEN. (Que ha salido y se ha colocado junto á su madre.)  
(Qué hay, mamá?)

LEAND. Cármen. (Reparando en ella.)

ISIDORO. (Yendo hácia ella con soltura exagerada.)

Cármen! Voz de miel  
que en latin, por su armonía,  
significa põesía,  
y en arábigo, vergel.

CÁRMEN. (Cortada.) Gracias.

LEAND. (Bien!

ISIDORO. Ya usted verá.)

CÁRMEN. (Á Clemencia.) (¿Qué hay?)

CLEM. Silencio!

CÁRMEN. Es cosa dura  
ignorar!...)

CLEM. (Interponiéndose entre Cármen y el conde, que se di-  
rige á ella.)

Se me figura  
que ya la sopa estará.  
—Vamos para allá?

ISIDORO. Bien.

LEAND. Sí.

CÁRMEN. (Pero es que... (Á su madre.)

CLEM. Calla!

CÁRMEN. (Y se enfada!

Ser una la interesada  
y no saber tanto así!

LEAND. Con unas cosas y otras  
hoy se nos pasó á los dos  
la hora.—Vamos?

(Haciendo que Isidoro se ponga el sombrero, durante lo cual dice Clemencia las palabras finales.)

CÁRMEN.

(Qué hay?)

CLEM.

Que Dios

tendrá piedad de nosotras!

(Isidoro va á ofrecer el brazo á Cármen, y Clemencia se coge de él. Todos se dirigen á la casa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

Gabinete de pequeñas dimensiones: dos puertas al foro y una en cada costado. El mueblaje muy rico y propio de una habitación de señora. Entre las dos puertas del foro, un precioso secreter: en el centro de la escena un velador con tablero de mármol blanco ó cubierto con un tapete de color claro.

La puerta izquierda del foro deja ver otro gabinete ó pieza de estudio de Carmen. En el fondo de este y junto á un balcon, que da á la calle, una mesita-escritorio.

La puerta derecha del foro, da á un pasillo que conduce á la calle y al despacho de D. Leandro, cuya puerta se verá frente al público.

El autor suplica al director que haga todo lo posible, porque la mas severa verdad sustituya á todo lo convencional de nuestros teatros.

### ESCENA PRIMERA.

CLEMENCIA, JAVIER.

JAVIER. Y con los brazos cruzados,

(Con extrañeza y energia.)

quiere usted que mi desgracia  
contemple sin dar siquiera  
un paso por remediarla?

CLEM. No, Javier; lo que yo quiero

es que recobre su calma,  
y á Cármen no comunique  
los temores que le asaltan,  
ya que he logrado hasta ahora  
tenerla en mí confiada.

JAVIER. Pero esta vuelta á Madrid?...

CLEM. No reconoce otra causa  
que facilitar al conde  
ocasiones para hablarla.

JAVIER. Es decir... (Con desesperacion.)

CLEM. Que está pasando (Con calma.)  
todo lo que yo pensaba.

Que su padre, persuadido  
de que así su dicha labra,  
no perdona medio alguno  
para inclinar la balanza;  
que ella, débil de carácter,  
luchando solo con lágrimas  
y de su deber teniendo  
una idea exagerada,  
cæria en el abismo  
á que el cariño la arrastra  
de un padre, aunque amante, ciego;  
pero que para salvarla  
tiene á su lado una madre  
y un hombre que la idolatra.

JAVIER. Eso sí!

CLEM. Pero ella viene.

Por Dios, Javier, no alarmlarla.

## ESCENA II.

DICHOS, CÁRMEN por el foro izquierda.

JAVIER. Cármen?...

CLEM. Al fin te presentas?

Bien se hace esperar la novia.

CÁRMEN. Perdone usted.—Es que las niñas  
de ahí enfrente, un cuarto de hora  
en el balcon me han tenido.

CLEM. Si son lo mas fastidiosas...

CÁRMEN. Empeñadas en que ya

- que ir no puedo á oír á Concha  
al concierto de esta noche,  
pasara al menos ahora,  
que á ensayar van una pieza  
con la que están medio locas.
- CLEM. Y esa pieza se titula?...
- CÁRMEN. *Les financiers.*
- JAVIER. Una polka  
de concierto al aire libre,  
de esas que han logrado boga,  
porque escritas con mostaza  
pintan con ardientes notas,  
(Con amargura y despecho.)  
el torpe materialismo  
que á la sociedad devora.
- CLEM. Y has contestado á esas niñas?...
- CÁRMEN. Que á ver á los de Mendoza  
iba contigo ahora mismo.
- JAVIER. Entonces... (Tomando el sombrero.)
- CLEM. Aún hay de sobra  
tiempo para esa visita,  
que es por cierto bien penosa.  
No ve una por todas partes  
más que penas y congojas.
- JAVIER. Pues qué les sucede?
- CLEM. El chico,  
que era su esperanza toda,  
el único que les queda,  
cayó anteayer á estas horas  
con un ataque al cerebro,  
y á cada instante empëora.
- JAVIER. Y se quedarán sin hijo.  
Es consecuencia forzosa.
- CÁRMEN. Pero por qué?
- JAVIER. Porque quieren  
sacar de juicio las cosas.  
Le hacen que el día y la noche  
pase estudiando; le acosan  
para que no deje el libro;  
y el chico brillantes notas  
saca en todos sus exámenes,  
y á cuantos le oyen asombra;

pero no corre, ni juega  
ni diablèa ni alborota;  
y como eso es á su edad  
cosa tan debida y propia  
y le falta, no está alegre,  
ni crece bien ni se forma,  
y á espensas del pobre cuerpo  
el alma se desarrolla.

(Clemencia, que ha escuchado con vivo interés, se queda sumamente pensativa.)

Ese niño se les muere.

(Con la convicción del hombre de ciencia.)

CÁRMEN. No, Javier, ven con nosotras  
y sálvalo; tú le salvas

(Clemencia se ha dejado caer en una butaca.)  
con que sus padres te oigan.

JAVIER. Ellos le hubieran salvado  
sólo con hacer memoria  
de que han sido niños; pero...  
ya es tarde. (Con seguridad.)

CÁRMEN. Y si te equivocas?  
Tarde era para mamá  
cuando tu alma generosa  
te impulsó á venir á vernos,  
y está aquí.

JAVIER. En la misma fonda  
y con la misma dolencia  
ví á la par otra señora.  
Lo recuerdas?

CÁRMEN. Pobre Emilia!  
Allí murió aislada y sola  
mientras su esposo en París  
se divertía. (Con indignación.)

JAVIER. Su historia (Con amargura.)  
y la de ese pobre niño  
son iguales. Á él le roban

(Clemencia levanta la cabeza y escucha conmovida.)

los goces de su edad propios  
porque feliz sea en otra,  
y á ella por hacerla rica

(Clemencia deja caer la cabeza.)  
la unieron á una persona

que no la amaba, privándola  
de cuanto halaga á una esposa  
jóven y amante. Tu madre  
vencer pudo sin demora  
su enfermedad, porque era  
mujer y madre dichosa;  
mas la pobre baronesa  
de Belestá opuso poca  
resistencia al mal, porque  
la medicina no obra  
sobre las almas enfermas.  
—Pero qué es eso, señora?

CLEM. Nada.

CÁRMEN. No: tú tienes algo:  
te has quedado cabilosa.

CLEM. Pues bien, si: ha sido un recuerdo...  
nada... ya sabes mis cosas.  
—Tu pobre hermano Angelito  
tenia la edad que ahora  
tiene ese niño.

CÁRMEN. Mamá!...

CLEM. Javier, hoy á toda costa  
(Levantándose, con mucha inquietud.)  
es preciso que salgamos  
de temores y zozobras.

CÁRMEN. Lo ves? Tratas de calmarme  
y tú mas que yo te azoras.

CLEM. No, Cármén: es que hay momentos  
en que da miedo que corra  
el tiempo sin hacer nada  
que á nuestros males se opongá.  
Aquí tomar es preciso  
una decision, y pronta.  
Hoy va usted á hablar á Leandro,  
que ya sérias quejas forma  
de que nada usted le diga.

CÁRMEN. Díselo! Si papá toma (Con rapidez.)  
á desaire tu silencio  
mas se opondrá á nuestra boda.

JAVIER. Yo haré lo que ustedes quieran.

CLEM. Nuestra ausencia, aunque muy corta,  
le dará bastante espacio

*Rodriguez*

para hablar con él á solas.  
Aguárdele usted ó vuelva.

JAVIER. Volveré.—Tiemblas, medrosa?

CÁRMEN. No sé.—¡Pero hemos de estar  
hasta mañana á estas horas  
sin saber si papá quiere!

CLEM. Preciso.

CÁRMEN. Ah!—Toma esta rosa.

Si al volver aquí la encuentro  
cual te la doy, es que torna  
á nuestros pechos la calma.

Mas si esparcidas sus hojas  
hallo aquí y allí, es que quedan  
mis dichas cual ella, rotas.

Adios.

CLEM. Sepa usted oírle. (Al estrecharle la mano.)

JAVIER. Sé callar.—Adios.—Señora?...

### ESCENA III.

CLEMENCIA, CÁRMEN.

Cármén permanece un momento en la puerta del foro por donde se va Javier. Clemencia vuelve á quedar pensativa.

CLEM. (Emilia... El niño...)

CÁRMEN. (Bajando.) Qué tienes?

CLEM. Yo? (Sobresaltada.)

CÁRMEN. Si.

CLEM. Qué quieres que tenga?

CÁRMEN. No lo sé... Pero vosotros  
me ocultais algo.

CLEM. Qué idea!

—Vamos, vamos: á vestirte,  
que hemos de salir, tontuela.

CÁRMEN. Te conozco! Si no sabes

disimular. Tu tristeza;

la preocupacion que he visto

en Javier; su cara seria;

su misma conversacion

á nuestro amor tan ajena...

¡Es, mamá, tal vez, que debo

dar mi esperanza por muerta?

CLEM. No, hija, no. Tú ves las cosas conforme á tu inesperienza. Cuando se casa una hija, por mas á gusto que sea, siempre hay algun temor vago; la separacion afecta; lo que era de una, va á ser del marido mas que de ella: solo entenderás bien esto si á tener una hija llegas.

CÁRMEN. Si, pero... ¿y Javier?

CLEM. Javier?  
Pónete en su lugar, y piensa que á dar va el paso mas serio de su vida. Tú contemplas el matrimonio tan solo por la parte santa y bella del amor; pero él es hombre, y sabe bien lo que cuesta esa parte positiva que da á veces tantas penas. Los cuidados que hoy no tiene; las obligaciones nuevas... todo esto, no poseyendo mas bienes que su carrera, debe preocuparle mucho: más, es bueno que asi sea. Si hoy tu mano le conceden, mañana en tu subsistencia tiene que pensar, y luego... luego en la de los que vengan.

CÁRMEN. Mamá!—Ya tú me has contado (Bajando los ojos.)

la estrechez y la pobreza con que al principio vivisteis tú y mi papá; y bien resuelta á tomarte por modelo, tal perspectiva me alegra. Seré como tú económica; como tú cara risueña pondré á esos pequeños males; y tranquila y satisfecha

con el amor de mi esposo,  
¡gala que siempre se estrena!  
con lo que en casa tengamos,  
con eso estaré contenta.  
Pues si tan solo los ricos  
fueran felices, la tierra  
ser debería un infierno,  
porque lo que abunda en ella  
son los pobres.

CLEM.

Si, hija mia.

Y si casas sin riquezas,  
puedes llegar á adquirirlas;  
(Con profunda conviccion.)  
mas si sin amor entregas  
tu mano á un hombre, ya sabes  
que adquirir amor no esperas.  
Por eso tu afecto apoyo, (Mucha intencion.)  
porque sé que es la opulencia  
en la vida un accidente,  
y amor es la vida entera.

CÁRMEN.

Y el desaliento que noto  
en vosotros, no lo engendra  
el temor de que privada  
de ese cariño me vea? (Conmovida.)  
Habla por Dios, mamá mia,  
no importa que yo lo sepa.  
Estoy prometida al conde?

CRIADO.

El señor conde de Elna (En el foro derecha.)  
ver desea á las señoras.

CLEM.

Ve á vestirme.

CÁRMEN.

Pero...

CLEM.

Cesa.

—Di al señor conde que pase. (Váse el criado.)

CÁRMEN.

Pero...

CLEM.

Vete, y nada temas.  
(Váse Carmen por la puerta derecha.)

## ESCENA IV.

CLEMENCIA, ISIDORO.

ISIDORO. Clemencia?...

- CLEM. Conde, adelante.
- ISIDORO. Tan solita?
- CLEM. Si señor;  
Cármén á su tocador  
se ha marchado hace un instante.  
Siéntese usted.
- ISIDORO. Desdichado  
con su ausencia me creyera  
si desdicha haber pudiera  
estando de usted al lado.
- CLEM. Si?
- ISIDORO. Lo siento cual lo digo;  
y es verdad harto sabida,  
que no he negado en mi vida  
su mérito á un enemigo.
- CLEM. ¿Yo su enemiga de usted!
- ISIDORO. Ojalá que me engañara;  
ó al menos adivinara,  
para enmendarme, él por qué.  
Le estoy siendo á usted odioso,  
y de ello da claro signo  
en considerarme indigno  
de ser de Cármén esposo.
- CLEM. Pero es que ese cargo es vano.  
Dónde ó cuándo he dicho yo?...
- ISIDORO. Vano, eh? Pues á que no  
me concede usted su mano?
- CLEM. Oh!... Lo que es por mí...
- ISIDORO. Si, si.  
Y *por mí* ¿es una respuesta?  
Vamos! Á usted que le cuesta  
decir *si*? Imíteme á mí,  
que con mi voz melodiosa  
del Congreso en los escaños,  
durante seis largos años,  
jamás he dicho otra cosa.
- CLEM. Es lo mas original  
(Sin poder contener la risa.)  
que en toda mi vida he oído.
- ISIDORO. ¡Qué original! Traducido!  
El diputado formal,  
es el mismo aqui que allí,

- lo que le distingue es,  
que si es inglés, dice: «yes;»  
y si nació en Francia, «oui.»
- CLEM. Siempre de broma! (Riéndose.)
- ISIDORO. De broma?  
Pues vaya—en definitiva.—  
Me da usted esa afirmativa  
en este ó aquel idioma?
- CLEM. Aun siendo tal mi deseo,  
usted es quien va á desistir  
en cuanto me llegue á oír.
- ISIDORO. Dificilillo lo veo.
- CLEM. No le ofenda en ningun modo  
una franqueza que fundo,  
en que al que es hombre de mundo  
puede decirse todo.  
Con su gracia, su buen seso  
y su porte distinguido,  
es usted un gran partido  
para una mujer... de peso.  
Aun cuando en mas de una lista  
de Cresos, siempre metódicos,  
aun le llamen les periódicos  
*el jóven capitalista,*  
tener debe usted en cuenta,  
aunque años así le roben,  
que va usted siendo ya un jóven  
de veinte y cinco á... cincuenta.
- ISIDORO. Celebro que este debate  
tome un giro tan esplicito;  
y aunque á usted pensar le es lícito  
que estoy fuera de combate,  
yo, si en mi favor aquí  
sopla alguna buena racha,  
sé que aun puede una muchacha  
prenderse un poco de mí.
- CLEM. Aunque me juzga enemiga,  
eso con pesar no escucho,  
antes bien celebro mucho  
que la buena racha siga.
- ISIDORO. Agradezco... (Tá, tá, tá!...)  
(Tomando el tono zumbon de Clemencia por des-

- pecho.)
- CLEM. Sé que aun puede usted vencer.
- ISIDORO. (Vamos, tendremos que hacer el amor á la mamá.)
- Bien: pues si eso me concede quien como usted tanto vale, que no tiene quien la iguale; ¿como que me quiera puede ponerse siquiera en duda otra menos seductora, otra menos... Ay, señora, si estuviera usted viuda!
- CLEM. Jesus!
- ISIDORO. Qué?
- CLEM. Que me santiguo.
- Mire usted bien lo que habla, que hacer el amor... por tabla es del régimen antiguo.
- ISIDORO. Pero ha pensado quizá?...
- CLEM. Que echa usted muy mal su cuenta, porque me hallo muy contenta con mi papel de mamá. (Mucha frialdad.)
- Hablemos, pues, en razon como á nuestra edad conviene. Conde, mi Cármen no tiene libre ya su corazon. Su padre la mortifica para que le quiera á usted, y esto, como bien se vé, no puede hacerlo la chica. Hablándole sin disfráz cumplo mi deber de madre. Con que haga usted que su padre la deje vivir en paz.
- ISIDORO. Es decir?...
- CLEM. Que ya querer no puede á ninguno ahora.
- ISIDORO. Oh!... dispense usted, señora; lo que es eso... está por ver.
- CLEM. ¿Qué! No da usted gravedad á lo que por mí ha sabido?
- ISIDORO. Y qué chica no ha tenido

*amorcillos* á su edad?  
Conquistar en buena lid  
un corazon, si lo espero.  
¿Mas ser en él el primero!...  
¡Pues bonito está Madrid!  
—Ahora añadiré, aunque sobre,  
que ya desistido hubiera  
al oír á usted, si fuera  
Cármen la rica y yo el pobre.

CLEM. (Con cierta repugnancia.)  
Cuando hace usted tal acopio  
de razones, es que insiste...

ISIDORO. En no hacer un papel triste.  
Esta es cuestion de amor propio.  
Será una debilidad  
muy necia—convengo en ello;—  
mas siempre deseo aquello  
en que hallo dificultad.  
Y esa misma oposicion  
que usté hacerme se propone,  
hace que mas ambicione  
de Cármen la posesion.

CLEM. Ya mi franqueza deploro (Con cierto desden.)  
puesto que tanto le hostiga.

ISIDORO. No paro hasta que me diga:  
«Te quiero mucho, Isidoro.»

## ESCENA V.

DICHOS, LEANDRO, foro derecha.

LEAND. Buen contraste! Ustedes dos (En el foro.)  
tratando aquí de un consorcio,  
mientras yo entablo un divorcio  
en la audiencia.—Conde, adios!

ISIDORO. Qué tal?

LEAND. Bien.

CLEM. Y quién es ella?

LEAND. La chica de don Nazario...  
Sabes?—Aquel boticario...

ISIDORO. Y él el marqués de Corella?

LEAND. Justo.

ISIDORO. Uf!... si dió que hablar

LEAND. esa boda... Es que logré  
la niña una suerte!... (Con algo de envidia.)  
SIDORO. Oh!...  
LEAND. Pues se quiere divorciar.  
CLEM. Si? Siendo él tan opulento?  
(Con mucha intencion.)  
LEAND. (Hum!...) (Arranque de ira.)  
(Separándose bruscamente de ella y dirigiéndose á  
Isidoro para cortar la conversacion al comprender la  
intencion de Clemencia.)

—Lléguese usted un instante  
al despacho; que el pasante  
terminó aquel documento.  
ISIDORO. Pues voy á firmar.—Capítulo  
de otra cosa.—¿Gustó el nombre  
de la nueva empresa?

LEAND. (Con alguna repugnancia.) Hombre!...  
ISIDORO. ¡La explotación mútua... es título,  
que dando augurios risueños  
para sus vastos negocios,  
va á hacer que tenga por socios  
á todos los madrileños.  
(Saluda rápidamente y desaparece por la puerta del  
despacho.)

## ESCENA VI.

CLEMENCIA, LEANDRO.

LEAND. Por mas pullas encubiertas  
(Al ver desaparecer á Isidoro se dirige rápidamente  
á Clemencia.)  
que lances, vencida al verte,  
ese muchacho es la suerte  
que se entra por nuestras puertas.  
CLEM. Para otra puede que sí.  
Mas Cármen á otro prefiere.  
LEAND. Qué sabe ella lo que quiere!  
CLEM. Vaya! (Rapidez.)  
LEAND. Me dirás tú á mí!...  
Pues estaria bonito (Fuera de sí.)

- que porque diga á «este quiero,»  
plantáramos á un banquero  
por aquel caballero!
- CLEM. Bien, hombre: no te acalores.  
Todo aqui es causa de riña.
- LEAND. ¿Y he de sufrir que la niña (Fuera de sí.)  
se pierda por sus amores?  
Ni que fuera yo tan tonto...  
como aquel tocayo mio,  
que por no sé qué amorio  
pasó á nado el Helesponto.
- CLEM. Pero parte del supuesto  
de que ella ya se ha fijado.
- LEAND. Ah! bien! Y habré trabajado  
tantos años para esto!
- CLEM. No es un partido brillante...
- LEAND. Pues ya lo creo que no! (Sulfurado.)
- CLEM. Mas mira, Leandro; yo  
me casé con un pasante. (Señalándole.)  
Si es que tú tienes razon,  
y porque algo adelantamos  
á un médico rechazamos,  
(Recalcando mucho las palabras.)  
siguiendo esta progresion,  
mi hija, enlazada á un banquero,  
dar debe la suya á un duque,  
que á nuestra viznieta eduque  
para un príncipe heredero...  
Y así, sin dar golpe en vago,  
tronco seremos un dia  
de la nueva dinastia  
de los Lopez de Buitrago!
- LEAND. No! si ya yo sé tu afan.  
Mucho amor! Pero es preciso  
que hagamos un paraíso  
en que anden Eva y Adan;  
porque en este mundo fiero  
—perdona que lo recuerde—  
no se usa aquel traje verde  
que no costaba dinero.
- CLEM. El dinero!—ese es tu blanco. (Estallando.)  
Y á fé que, si da en llorar,

- puede sus ojos secar  
con un billete de banco.
- LEAND. Bah! Dejémonos de cuentos, (Rapidez.)  
que esto es razonar á tiros.  
¿Quieres que almuercen suspiros  
y que coman sentimientos?
- CLEM. No, no, si no es eso.
- LEAND. No?  
—Pues di lo que quieres—venga.—
- CLEM. Lo que yo quiero es que tenga  
lo que tuvimos tú y yo.
- LEAND. Ah! ya! Miseria! (Rapidez.)
- CLEM. No tanto.
- LEAND. Apuros?
- CLEM. Que concluyeron.
- LEAND. Deudas?
- CLEM. Que ya se estinguieron.
- LEAND. Pobreza?
- CLEM. ¡Cariño santo!!
- LEAND. Bien: ese es el idealismo (Con desprecio.)  
que hundió Cervantes de un bote.
- CLEM. ¿Cuándo vendrá otro Quijote (Energia.)  
que mate al materialismo!  
(Con santa indignacion.)
- LEAND. Ves? Te exaltas y me exaltas,  
y esto es por demas punible.  
Que tengo el genio irascible?  
Pues, señor, cubre mis faltas.
- CLEM. Mira: esta es la vez primera  
—y la última, Dios mediante,—  
que turba la paz constante  
de esta casa una quimera.  
Á todo te digo amen  
y así tranquilos estamos;  
mas hoy, que aqui ventilamos  
(Mucha energia.)  
de nuestra Cármen el bien,  
ni esperar debes que ceda  
á lo que ella hacer resiste,  
ni poder humano existe  
que de mí lograrlo pueda!
- LEAND. Pero...

- CLEM. Vamos á salir  
tu hija y yo, y segun tratamos,  
en tanto que fuera estamos,  
Javier la vendrá á pedir.  
Tú que amor le manifiestas  
y que entre las gentes vives,  
verás cómo le recibes,  
y sabrás qué le contestas.
- LEAND. Y ese hombre cómo se atreve?... (Ciego de ira.)
- CLEM. Sea cualquiera el partido  
que tomes, habrá cumplido  
con lo que á un padre se debe.
- LEAND. Y qué hacer entre unos y otros?
- CLEM. Calmarte y ver qué le dices. (Dulcemente.)  
¿Por qué no han de ser felices  
como lo fuimos nosotros?  
¿Es que abrigas el temor  
de que por el pan se afanen?  
Pues deja que se lo ganen  
y así les sabrá mejor.
- LEAND. Pero ven acá, mujer; (Frenético.)  
ven acá, loca de atar.  
¿Para que se ha de ganar  
lo que se puede tener?  
¡Hacer á Isidoro ascos!...  
Te aconseja Belcebú!
- CLEM. Ella... (Con rapidéz.)
- LEAND. No es ella! Es que tú  
me la levantas de cascos.
- CLEM. Calla, que he sentido abrir,  
y por si fuera Javier  
me marchó.
- LEAND. Vamos á ver. (Rapidéz.)  
¿Y qué le voy á decir?
- CLEM. Que los unes á los dos.
- LEAND. No me hagas salir de quicio!
- CLEM. Léandro, Léandro, juicio,  
y no tentemos á Dios! (Con solemnidad.)  
(Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

— LEANDRO, JAVIER. Las pausas de esta escena las marcará el director.

LEAND. Estas mujeres!... (Ciego de ira.)

JAVIER. (En el foro derecha.) Se puede?

LEAND. Oh!... pase usted, Javierito.

—Qué tal? (Con afabilidad forzada.)

JAVIER. Bien. ¿Y usted? (Se sientan.)

LEAND. Pasando.

Estos cambios repentinos!...

JAVIER. Es que este Madrid...

LEAND. Ya, ya!

—Y qué hay de nuevo?

No he oído...—

JAVIER. —Sale usted este verano!

LEAND. No, señor.—

LEAND. Pero, hombre, ¡ha visto

usted ese crimen de anoche?

JAVIER. Ni entre cafres!—

LEAND. Y hay indicios

de que esta gente se vaya?

JAVIER. Esas voces han corrido,

mas por hoy...

LEAND. Los desahuciados

se mueven.

JAVIER. Si: los destinos...

LEAND. —Ah! Ruego á usted que dispense

si ir á verle aun no he podido.

JAVIER. Calle usted! Entre nosotros!...

LEAND. —Y hoy vuelve á sentirse el frio.

JAVIER. Algo.

LEAND. —Fuma usted papel? (Ofreciéndole.)

JAVIER. Si.—Gracias.

(Dándole el cigarro para que encienda. Leandro toma

el fósforo.)

LEAND. Deje cumplidos.

JAVIER. —Pues señor...

LEAND. (Cayó la bomba!)

- JAVIER. Supongo á usted prevenido del objeto con que vengo. Su señora le habrá dicho...
- LEAND. Si; me ha insinuado algo. (Fumando.)
- JAVIER. En ese caso imagino que á darme ó no darme á Cármen estará usted decidido.
- LEAND. Hombre, no; eso hay que pensarlo... No es puñalada de pícaro.
- JAVIER. Hábleme usted con franqueza. —Yo, á la verdad, no soy rico; pero una carrera tengo de la que con honra vivo, y, no descansando un dia, dará mi trabajo asiduo para que, segun su clase, vivan Carmela y sus hijos.
- LEAND. ¡Y quién habla de eso ahora?
- JAVIER. Conteste usted y sea esplicito.
- LEAND. —¿Me hace usted favor del fuego? (Enciende.) —Gracias.—Pues, amigo mio, yo por su bien intentaba retardarle un disgustillo, (Fumando.) porque, la verdad, me encuentro en un grave compromiso. Sabe usted que en esta casa se le quiere como á un hijo, y que cuanto tengo y valgo con el alma le he ofrecido; pero la mano de Cármen prometida está de antiguo, —y diré á usted más—á un hombre que es un soberbio partido.
- JAVIER. Pero...—dispéñseme usted, que sin duda no me esplico.— Yo para dar este paso tengo de Cármen permiso.
- LEAND. ¿Quién hace caso de chicas?
- JAVIER. Está usted, pues, decidido?
- LEAND. Lo siento; pero no puedo pasar por otro camino. Perdone usted; y si en algo...

- JAVIER.** Yo á mi vez perdon le pido  
(Empieza á deshojar la rosa.)  
si, por lo que á Cármen debo,  
de mi empeño aun no desisto.  
La ley, á los veinte años (De pié ya.)  
casar la deja á su arbitrio,  
sin que retardar la boda  
pueda el voto negativo  
del padre mas que tres meses.  
Esperaremos tranquilos  
dos años, y si ella entonces...
- LEAND.** Esperar!... no sea usted niño.  
—Y si ella se casa antes?
- JAVIER.** Volveré á cruzar el Ismo;  
y en Asia puede que encuentre,  
si no curacion, alivio.
- ISIDORO.** Futuro suegro, ya queda  
(Sale precipitadamente por la puerta del despacho.)  
aquello del todo listo.  
—Beso á usted...— (Por qué me pone  
cara *feroche* este chico!)  
(Javier arroja la flor sin acabarla de deshojar, al  
oir á Isidoro que llama «suegro» á Leandro.)

## ESCENA VIII.

DICHOS, ISIDORO.

- JAVIER.** Adios. (Á Leandro.)  
(Javier saluda con la cabeza á Isidoro y mirándolo  
con ira. Isidoro le contesta de una manera imperti-  
nente.)
- LEAND.** Con que sin reparo.  
Si de algo sirvo... (Dándole la mano.)
- JAVIER.** ¡Por Dios!  
(Suplicante, y haciendo un esfuerzo para domi-  
narse. Bajo.)
- LEAND.** Nada: con franqueza!  
(Le acompaña muy afectuoso hasta la puerta.)  
Adios...  
y no se venda tan caro.

ESCENA IX.

LEANDRO, ISIDORO.

- LEAND. Que por el mundo importuno  
tenga uno que tolerar!...  
(Bajando ciego de ira, al ver desaparecer á Javier,  
y dirigiéndose bruscamente á Isidoro.)  
Diga usted, es regular  
que así le traten á uno?
- ISIDORO. Pero qué?... (Atónito.)
- LEAND. Que vis á vis, (Rapidez.)  
ese mozo que se ha ido  
á Carmela me ha pedido!
- ISIDORO. Á Carmela?! Qué país!
- LEAND. Y qué dirá usted de un yerno, (Furioso.)  
que con sus dichos me prueba,  
que se ha aprendido la nueva  
ley de Disenso paterno?
- ISIDORO. Qué puedo decirle yo? (En el mismo tono.)  
Que eso ya es un sinapismo,  
que haría saltar al mismo  
Moyano que la engendró!
- LEAND. Pues así ha pasado, así! (Rapidez.)  
Si es lo que ya no se vé!
- ISIDORO. Irse con leyes á usté! (Casi á un tiempo.)
- LEAND. Vea usted, leyes á mí!
- ISIDORO. Si esto tiene echado el fallo! (Rapidez.)
- LEAND. Si aquí no hay clases, ni fueros;  
y todos son caballeros  
y nadie tiene caballo!
- ISIDORO. —De seda siento el crujido.
- LEAND. Ahí estan.
- ISIDORO. Que no haya riña.

ESCENA X.

DICHOS, CLEMENCIA, CÁRMEN por el foro derecha.

- CÁRMEN. (Se fué.) Adios, papá.  
(El aparte, al aparecer en el foro.)

- LEAND. (Con sequedad.) Adios, niña.  
CLEM. Conde?... (Qué habrá sucedido!?)  
(Mucha ansiedad.)  
ISIDORO. Clemencia?...—Usted mas hermosa,  
cuanto mas desapiadada. (Á Cármen.)  
CLEM. (Qué tienes?)  
LEAND. Déjame.—Nada.)  
(Lo primero con mucha sequedad.)  
CÁRMEN. Gracias... (Dónde está la rosa?)  
(Se quita el sombrero ó velo.)  
ISIDORO. Me huye usted?  
(Al notar las miradas vagas de Cármen, que busca  
con ansiedad infantil la señal convenida.)  
CÁRMEN. Oh! no, señor.  
Es que... (Aturdida.)  
ISIDORO. Pues no siendo así,  
interceda usted por mí  
con su hermanita mayor.  
(Señalando á Clemencia.)  
LEAND. Responde, que ante testigos  
te galantean, mujer.  
(Celebrando la galanteria de Isidoro.)  
CLEM. El conde siempre ha de ser....  
ISIDORO. Justo con sus enemigos.  
LEAND. ¿Cómo!? (Volviendo á su estado violento.)  
CLEM. Es largo de contar.  
LEAND. (No acierto á tenerme á raya.)  
CLEM. (Cuando Carmela se vaya,  
tenemos los tres que hablar.)  
(Rápidamente á Isidoro.)  
CÁRMEN. Ah!—Deshojada!  
(El «Ah!» casi imperceptible, apoyándose en un  
mueble al vacilar.)  
CLEM. Hija!  
(Pasando rápidamente á su lado.)  
ISIDORO y LEAND. Qué?  
CÁRMEN. (Todo acabó para mí.)  
LEAND. Pero qué sucede aquí? (Violencia.)  
CLEM. Nada. (Vamos.) (Á Cármen, muy por lo bajo.)  
ISIDORO. Hable usted.  
CLEM. Cosas de chicas. (Valor!) (Id.)  
ISIDORO. Pero no comprendo...

- LEAND. Acaba.
- CLEM. Ella su dicha cifraba  
en la vida de esa flor.  
(Señalando á la rosa, que conservará muy pocas hojas  
en el tallo. Isidoro la recoge estupefacto y se la en-  
trega á Cármen, que continúa inmóvil con la cabeza  
sobre el pecho.)
- LEAND. Bah! mimos!—(Al Criado.) Qué?  
(Al volverse vé al criado, que ha aparecido un mo-  
mento antes en el foro.)
- CRIADO. (Desde el foro.) Una señora  
espera al señor.
- LEAND. Bien, bien.  
—Dáme acá.  
(Tomándole la tarjeta que trae en la mano.)
- ISIDORO. Señora? Y quién?...  
(Á Leandro rápidamente, y haciendo que va á ver el  
nombre de la tarjeta.)  
(No se vaya usted ahora.)
- LEAND. Cómo! Hay algo extraordinario?
- ISIDORO. Silencio.—Á ver! Quién es ella?  
(Afectando malicia.)
- LEAND. La marquesa de Corella. (Leyendo.)
- ISIDORO. La chica del boticario. (Con desden.)
- LEAND. Qué plaga de litigantes!
- CLEM. (Que busca un pretexto para alejar á Cármen.)  
Si tienes que hacer irá  
Cármen y la entretendrá.  
(Á Cármen rápidamente.)  
(Sécate esos ojos antes.)
- ISIDORO. Si, sí.  
(Leandro consulta con la mirada á Isidoro.)
- LEAND. Bien.—Dile que no  
me haré esperar.  
(Cármen se dirige al foro, é Isidoro que se interpone  
entre ella y la puerta, le dice con marcada afecta-  
cion lo siguiente:)
- ISIDORO. Y yo puedo  
esperar algo sin miedo  
á una negativa?
- CÁRMEN. Yo...
- ISIDORO. Un no equivalente á un *vete*

en esos labios de miel, (Con exageracion cómica.)  
me asombrára mas que aquel  
famoso ¡no! de Negrete.

(La saluda. Cármen desaparece por el foro derecha.)

## ESCENA XI.

CLEMENCIA, LEANDRO, ISIDORO.

LEAND. No perdamos tiempo en vano. (Rapidez.)

—Esa rosa deshojada...

CLEM. Es la señal concertada  
de que has negado su mano.

ISIDORO. Ah! ya! (Sonriéndose.)

LEAND. Y el otro acertijo  
de enemistad?...

ISIDORO. En esencia  
significa que Clemencia  
se niega á llamarme hijo.

LEAND. Por creerle á usted superior

(En tono de disculpa.)

á Cármen.—Esta por base  
toma la igualdad de clase. (Á Isidoro.)

CLEM. No, no; la igualdad de amor. (Con energia.)

LEAND. Mujer! (Exaltándose.)

ISIDORO. Deje usted que hablemos.

LEAND. Pues hago yo lo contrario?

CLEM. Dispensa, que es necesario  
que todos nos espliquemos.

—Yo, de ninguna manera,  
como puedes inferir,

al conde deseo herir;

pero en boda y en carrera,

actos de libre eleccion,

toca, segun uso añejo,

á los padres el consejo

y al hijo la decision.

ISIDORO. La eleccion campo es legal

abierto á las opiniones...

mas... ¿ha visto usté elecciones

sin influencia moral?

- Con ayuda del poder  
siempre á luchar me he lanzado:  
así salí diputado,  
y así marido he de ser!  
(Echando el brazo por encima del hombro á Leandro.)
- CLEM. Si Cármen gustosa accede,  
nada que oponerles tengo.
- LEAND. Ya! (Con sorna.)
- ISIDORO. Gracias. (Id.)
- CLEM. Mas les prevengo  
que eso suceder no puede.  
(Leandro, violento, no sabe cómo dar otro giro á la  
explicación de Clemencia.)  
Nacido en la adolescencia  
ese amor cuerpo ha tomado,  
y su firmeza han probado  
dos largos años de ausencia.  
¿Quién la poesía inocente  
borra de afecto tan bello?!
- LEAND. ¿No dije! Ya salió aquello!  
(Haciendo que lo toma á broma.)  
¿Conoceré yo á mi gente?
- ISIDORO. Calle usted! Siga el poeta  
su dulce drama de amor.
- LEAND. No! que á salir va el traidor  
(Con terror cómico y mirando alrededor de sí.)  
por una puerta secreta!
- CLEM. Te mofas; pero es de tí.  
(Indignada al ver tomar en broma el amor de su hija.)  
Por mas que de esto te rias,  
cuando tú su edad tenias  
siempre me hablabas así. (Muy marcado.)
- ISIDORO. Usted! (Riéndose.) Daria por verlo...  
¿Don Leandro, usted tan formal... (Rie.)  
¿Qué pensará el tribunal  
si un día llega á saberlo!  
(Riéndose y señalándolo con el dedo.)
- LEAND. También usted de rechazo  
da contra mí? Estoy yo bien!
- CLEM. No, si hablo con él también.  
(Si cayeran en el lazo!...)
- ISIDORO. ¿Conmigo?

- CLEM.                    Á sus mil conquistas  
habló así á los veinticinco.
- LEAND.                ¿Usted! ¡No darán mal brinco  
al saberlo los bolsistas!  
(Riéndose y en el mismo tono con que Isidoro se motó  
de él.)
- CLEM.                Con todos habla mi cuento:  
todos tienen una fibra  
á esa edad, que dulce vibra  
al soplo del sentimiento.  
(Isidoro cruza una mirada con Leandro y sopla sin  
que lo vea Clemencia.)  
¿Quién no fué poeta así?!
- LEAND.                Un millon: entre ellos yo.
- CLEM.                No?
- LEAND.                No, no, y mil veces no.
- CLEM.                (Él se me entrega.) Á que sí?  
¿Á que, aun hoy que ya te apartas  
de esa edad sensible y pura,  
te hago llorar de ternura  
leyéndote un par de cartas?  
(Leandro, que quiere seguir de broma, da un pas  
atrás.)
- ISIDORO.            (Del niño! Vamos andando.) (Para sí.)
- LEAND.                Quita, mujer!
- ISIDORO.                Que las lea!  
(Á Leandro, frotándose las manos.)  
No escuse usted la pelea, (Muy zumbon.)  
que le estan desafiando.
- CLEM.                Son de un incógnito.
- LEAND.                Ya!
- CLEM.                (Cruzando una mirada con Isidoro.)  
Á quien todos conocemos  
y tú y yo mucho queremos.
- ISIDORO.            Que se lean!
- LEAND.                Es que...
- (Indicando que lo esperan.)
- ISIDORO.                Bah!  
—Si así presente un desastre  
no sale del duelo vivo.
- LEAND.                Las tendrás ahí... (Señalando al secreter.)
- CLEM.                En mi archivo.

- (Siguiendo el tono zumbon de él.)  
LEAND. Justo.—En su cajon de sastre. (Á Isidoro.)  
ISIDORO. Conque un incógnito, eh?  
(Codeando á Leandro.)  
LEAND. Y le conocemos todos.  
(Deje usted el tacto de codos,  
que ya le comprendo á usted.)  
CLEM. Abro?... (Metiendo la llave en el secreter.)  
LEAND. Si... (Buen rato!  
ISIDORO. Rico!)  
LEAND. Te ayudo?  
(Yendo hácia el foro con este pretexto para cruzar el  
aparte con ella.)  
CLEM. No; yo sé en donde...  
(Que está buscando )  
LEAND. (No hagas que se ria el conde  
á costa del pobre chico.)  
(Al oido de Clemencia: baja rápidamente.)  
CLEM. (Al freir será el reir.) (Entre dientes.)  
ISIDORO. (Demos un golpe á su aplomo  
con el ridículo.)  
LEAND. Cómo  
nos vamos á divertir!  
ISIDORO. Chist.)—Parecen?  
CLEM. Estas son.  
(Desatando un paquetito y sacando dos cartas  
de él.)  
LEAND. (Seriedad.)  
ISIDORO. Mucha tiesura.)  
CLEM. Veremos si su lectura  
pone fin á la cuestion.  
LEAND. Aunque á escucharlas resuelto,  
las cartas no me acobardan,  
sé breve, porque me aguardan;  
CLEM. Leeré algun párrafo suelto.  
(Lee.) «En medio de la soledad en que me  
»encuentro, cuando cerrando los ojos veo  
»tu imagen querida y me transporto á los  
»primeros dias de nuestro amor, paréceme  
»verte como te veia en medio de las flores  
»de tu ventana, tíbiamente iluminada por un  
»rayo de la pálida luna, tan hermosa y tan

»fantástica con tu flotante ropaje, como una  
»de esas ninfas de la verde Erin, de que nos  
»hablan los armoniosos cantares de los anti-  
»guos bardos.»

(Clemencia lee la carta sin afectación, pero marcando mucho todas las frases mas salientes. Debe haber algo en la lectura de las entonaciones de la declamación romántica. Leandro é Isidoro acompañan la lectura pintando con la acción los objetos y comprimiendo la risa.)

ISIDORO. Cómo flota ese ropaje!

—No comienza usted á llorar?

LEAND. Calle usted, que ahora va á hablar del Asia ardiente y salvaje!

ISIDORO. Siga usted.

LEAND. Sigue, que escucho.

CLEM. Salto un párrafo y prosigo.

LEAND. ¡Es delicioso el amigo!

CLEM. Pues oye... que aun falta mucho.

(Lee.) «Si lo que temes es verdad, una tumba (Leandro é Isidoro hacen un movimiento cómico al oír la palabra «tumba») es solo lo que ape-  
»tezco: una tumba, sobre la que tú vendrás  
»á derramar lágrimas y flores amarillas, á  
»la sombra de un lúgubre sauce ó de un ci-  
»prés funerario.» (Ha seguido el juego de los dos.)

ISIDORO. No le da á usted un parasismo?

(Con el pañuelo en la mano.)

CLEM. Aguarden, que acabo ya.

LEAND. Pero ese muchacho está en pleno romanticismo!

ISIDORO. El sauce! (Ahogado por la risa.)

LEAND. ¿Y no nombra á Petra

ó á Juana ese nuevo Apolo?

(Aproximándose á Clemencia, riéndose á borbotones.)

ISIDORO. Já... já.

(Riéndose y apartándose á un lado, como queriendo ocultar la risa.)

CLEM. (No! Á Clemencia solo.)

Mira! Es tu letra, es tu letra!

(Muy por lo bajo y enérgicamente.)

- LEAND. ¡Cómo!
- ISIDORO. Qué hombre tan aleve! (Riendo.)
- LEAND. Mucho! Mucho! (No te rias!  
(Fuera de sí á Clemencia.)
- CLEM. Esto es lo que me escribias  
en el año treinta y nueve.  
(Mostrándole la fecha. Mucha entereza y claridad.)
- LEAND. Calla!
- ISIDORO. Siga.
- LEAND. (Basta ya!  
(Muy enérgicamente á Clemencia.)  
Por hartó tiempo he sufrido!...)
- ISIDORO. Calle! ¿Está usted conmovido?! (Riéndose.)
- LEAND. Yo!—(No sigas!) Já, já, já.  
(Lanzando una carcajada al ver que Isidoro lo observa.)
- CLEM. (Lee.) «Tu padre! Y qué padre no es un tirano? Apegados á los goces materiales, todos quieren que sus hijos, jóvenes y fogosos, vean el mundo como ellos, á través del frío prisma de la helada ancianidad.»  
(Palabra por palabra.)
- ISIDORO. Habla con usted, compadre!  
(Ahogado por la risa.)
- LEAND. Si!... Me convierte en un bú! (Con ira.)  
(Basta! (Rápidamente á Clemencia entre la ira y la risa forzada.)
- CLEM. Es tu letra! Eres tú (Rapidez.)  
quien trataba así á mi padre!
- ISIDORO. ¡Tirano usted! Qué ocurrencia! (Riéndose.)
- LEAND. Ya... (Haciéndose mucha violencia y riendo de rabia.)
- CLEM. (Ves como tú á su edad  
sentias necesidad  
de querer?
- LEAND. Basta, Clemencia!) (Ya ciego de ira.)
- ISIDORO. Siga, que esto va marchando.
- CLEM. Temo cansar...  
(Por Leandro á quien observa de hito en hito.)
- ISIDORO. No por cierto.
- LEAND. No, hija, no: si me divierto... (Risa estridente.)  
(¡Me está la cólera ahogando!)

ESCENA XII.

DICHOS, CÁRMEN, foro derecha.

CÁRMEN. Papá... (Viene muy conmovida.)

LEAND. ¡Qué buscas aquí?! (Bruscamente.)

CÁRMEN. Perdone usted.—Es que se ha ido (Aturdida.)  
la marquesa y he creído...

LEAND. Bien.—Y á qué venía? dí! (Con muy mal modo.)

CÁRMEN. Yo, papá, ignoro á qué viene.  
No sabe mas que llorar (Conmovida.)  
porque le quieren quitar (Sencillez.)  
dos niños grandes que tiene.

LEAND. Las lagrimitas de todas!  
¿Pues si llora, á qué reniega  
de su esposo? (Iracundo.)

CÁRMEN. Si él le pega.  
(Con candorosa aflicción.)

CLEM. (Á Leandro.) (He ahí el fruto de esas bodas!)

LEAND. Déjame en paz!

CÁRMEN. ¿Pero qué  
(La madre le indica que calle.)  
he dicho yo? (Asustada y yendo de unos á otros.)

LEAND. No es contigo.

ISIDORO. Está así contra un amigo  
que ha escrito una carta á usted.

CÁRMEN. ¡Á mí?

ISIDORO. Mírela usted.

(Tomándola del velador donde las dejó Clemencia.)

CLEM. y LEAND. ¡Ah!

(Los dos quieren evitar que la coja Cármén.)

ISIDORO. Es en su oprobio... (Cármén la toma.)

CÁRMEN. En su oprobio?

—Si es una carta de novio

(Sencillez candorosa.)

que papá escribió á mamá.

ISIDORO. ¡Cómo! (Esplosion de risa)

LEAND. ¡Vaya usted al infierno!

ISIDORO. ¡Quiero una tumba! (Gritando.)

LEAND. ¡Por vida!...

(Comprimiendo su cólera.)

Calle usted! (En el colmo de la exaltacion.)

ISIDORO.

—Está usted vencida.

¡Ya me trata como á yerno!

(Cármén en el centro de la escena queda atónita y sobrecogida por lo que pasa á su alrededor, sin comprenderlo. Clemencia quiere calmar á Leandro. Isidoro rie á mas no poder apretándose los ijares, colocándose delante de don Leandro, que, dándole un bufido, desaparece por el foro derecha rápidamente. Telon. Al caer rompe la orquesta tocando la polka «Les financiers.»)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion del acto segundo.—Es de noche.—Sobre el velador del centro habrá un quinqué encendido, cuya luz recoge una lujosa pantalla. El gabinete del fondo está iluminado por las velas de un candelabro.

### ESCENA PRIMERA.

D. LEANDRO, CÁRMEN.

LEAND. Eres una buena chica  
y me tienes muy contento.

CÁRMEN. Gracias, papá.

LEAND. Si señor!

¿Pero lloras? ¿por qué es eso?

CÁRMEN. No lloro, esto no es llorar.

LEAND. Si, que yo no lo estoy viendo!

(Contrariado y con sequedad.)

Crearás tú que porque vuelves

la cara ya no lo veo.

—Vamos! esto ya pasó. (Dulcemente.)

Cuando uno obra como cuerdo

y da al deber lo que es suyo,

puede estar muy satisfecho.

¿Qué tienes? ¿Por qué estás triste?

¿Quieres trajes? aderezos?

Abre esa boca, mujer.

Con decir: «papá, esto quiero»  
la calle de Espoz y Mina  
te traigo entera al momento,  
y cuanto tengan Pizzala  
y Samper mas rico y nuevo.  
—No? Pues, hija, si dichosa  
(Incomodándose por grados.)  
no logro verte con esto,  
no sé qué mas hacer puede  
un padre.

CÁRMEN. Si no deseo (Con timidez.)  
mas que complacer á usted.

LEAND. Mira, Cármen, espliquémonos.  
Tú crees que un sacrificio (Dominándose.)  
estás por tu padre haciendo,  
y es necesario que entiendas  
que lo haces por tí.

CÁRMEN. Bien: pero...

LEAND. No hay peros! Ese muchacho  
será muy listo, muy bueno,  
muy amable...—Si yo no  
(Á un movimiento de Cármen.)  
quiero quitarle su mérito.  
Mas como sé que no tiene  
sobre qué caerse muerto;  
y como en su mismo caso  
me he visto, y presente tengo  
lo que yo y tu pobre madre  
hemos pasado, no quiero  
que lo pases tú. ¿Me entiendes?

CÁRMEN. Sí, señor, si.

LEAND. Si? Pues bueno.

Si yo pudiera decirle:  
«allá van dos, uno ó medio,  
çonque ir tirando, hasta tanto  
que usted ocupe un buen puesto»  
te daría en todo gusto;  
¡pero como que no puedo!...

CÁRMEN. Mas el cariño...

LEAND. El cariño!

Mira: eso es muy novelesco,  
muy bonito, muy brillante,

todo lo que quieras! pero...  
el cariño, no da joyas,  
ni alfombras de terciopelo,  
ni trufas, ni muaré antiq...  
ni lleva en coche á paseo;  
¿estás? Á tu edad se piensa  
que es lo mejor, lo mas bello;  
á la mia, ya se sabe  
que es lo mas sólido. Eso  
del amor y sus delicias,  
para novelas y versos  
es cosa muy buena; mas  
cuando uno va para viejo,  
ha aprendido que eso pasa  
y que lo que quiere luego  
es tener comodidades,  
bienestar, en fin, dinero.  
—Yo no estoy metalizado;  
y el oro, Cármen, no aprecio  
solamente porque es oro,  
sino porque sé su empleo;  
porque sé lo que se sufre,  
hija mia, no teniéndolo.

CÁRMEN. Mas con amor...

LEAND. Yo y tu madre

nos quisimos con extremo,  
y eso, hija, siendo tan pobres,  
no nos ahorró sufrimientos.  
Tú no sabes!... En fin, Cármen,  
pues convencida te dejo  
con mis razones, mejor  
es que no se hable mas de ello.

CÁRMEN. Dispense usted, esas razones,  
papá, yo no las comprendo:  
las acato.

LEAND. Ya te he dicho (Secamente.)

que no es eso lo que quiero.

—Soy algun padre tirano (Dulcemente.)

que te explota en su provecho?

Busco mi bien en tu enlace

ó el tuyo? Yo no me echo

ningun duro en el bolsillo

con que sea Juan ó Pedro  
tu marido. Si algo voy  
ganando en tu casamiento  
con Isidoro, es tu dicha,  
que gozaré de reflejo.

CÁRMEN. Ya sé lo que usted me quiere.  
LEAND. Pues entonces!...—Y el que oyendo  
lo que te digo estuviera,  
creería, al ver mis esfuerzos,  
que te propongo algun hombre  
raro ó lleno de defectos.  
Y no señor! no es así!  
Es un chico muy completo.  
Tanto, que en Madrid, de fijo,  
no hay mujer que sus obsequios  
no admitiera muy gustosa.  
—Qué dices? (Triunfante.)

CÁRMEN. Nada.  
LEAND. No es cierto?  
Pues no te calles: replica.  
Discutamos.—Dime, ¿es viejo?

CÁRMEN. No señor.  
LEAND. Pobre?  
CÁRMEN. Tampoco.

LEAND. Tonto?  
CÁRMEN. No señor.  
LEAND. Es feo?

CÁRMEN. No señor.  
LEAND. No es elegante?

CÁRMEN. Si señor.  
LEAND. Y no es espléndido?

CÁRMEN. Si.  
LEAND. «Si señor; no señor!...» (Remedándola.)  
Pues señálale un defecto. (Incomodado.)

CÁRMEN. Uno tiene para mí.  
LEAND. Dímelo. (Como quien espera saberlo con ansiedad.)  
CÁRMEN. Que no le quiero.

LEAND. Ya le querrás!—Sobre todo, (Con cariño.)  
¿creés tú que ese amor ciego  
da dicha á los matrimonios?  
No, hija, no. El mútuo respeto,  
la buena amistad, el trato

franco y cariñoso á un tiempo,  
¡eso! eso si que es preciso.  
¿No ves en casa el ejemplo?  
¿Echamos alguna vez  
tu madre ni yo de menos  
el amor que nos tuvimos?  
No, Cármen; porque tenemos  
otro cariño mas sólido,  
fundado en mejor cimiento.  
—Á esto, qué dices? (Sonriendo.)

CÁRMEN. Que antes  
mamá y usted se quisieron.

LEAND. Si! pero el amor pasó!  
y sin él seguimos siendo  
muy felices. Si eso es solo  
de la juventud un sueño.  
Cuando tú tengas mis años!...  
Pero callo, que estoy viendo  
que ya qué oponer no encuentras.

CÁRMEN. Yo no razono; obedezco.

LEAND. Eres una buena hija;  
y no hay en el mundo entero  
padre mas feliz que yo  
al ver tu comportamiento.

CÁRMEN. De veras?

LEAND. Si. Tranquilízate!

y piensa que no está lejos  
el día en que me agradezcas  
lo que hoy por tu bien he hecho.  
Estoy de ello tan seguro!...

(Se dirige á la puerta izquierda.)

—Clemencia!(Llamando.)—Al instante vuelvo  
con Isidoro, que ansioso  
espera tu asentimiento.

## ESCENA II.

DICHÓS, CLEMENCIA, puerta izquierda.

LEAND. Ya nos hemos entendido.

(Gozoso á Clemencia al verla aparecer.)  
Es una alhaja! Hasta luego.

(Al ver Cármen desaparecer á su padre se dirige á

Clemencia, que la observa fijamente, y deja caer la cabeza con abatimiento sobre su pecho.)

### ESCENA III.

CÁRMEN, CLEMENCIA.

CÁRMEN. Madre mía!

CLEM. Aquí me tienes.

(Afectando tranquilidad.)

CÁRMEN. Ya has oído.

CLEM. Si; ya he oído.

(Cármén va á hablar.)

—No te esfuerces en contármelo.

Cuanto ha pasado adivino.

CÁRMEN. Todo se ha perdido.

CLEM. No.

Aun no está todo perdido.

Ten esperanza.

CÁRMEN. Esperanza!

Pero en qué?

CLEM. En que yo te vivo. (Ofendida.)

—Vamos, hija mía, vamos!

No llores más, que me aflijo;

y ahora de toda mi calma

como nunca necesito.

—Tu padre te ha suplicado,

y tú á todo has accedido

sin replicarle, creyendo

que á Dios ese sacrificio

era grato, y que así debe

cumplir con su padre el hijo.

CÁRMEN. Eso es.

CLEM. Pues mira, no es eso.

(Con mucha energía.)

Aquel precepto divino

que honrar manda padre y madre,

no ataca al libre albedrío.

Tú has debido hacer que viera

cuanto amabas: tú has debido

mostrar al obedecerle

lo enorme del sacrificio,

y no ocultarle tus penas

por el temor de afligirlo.  
¿No sabes tú que tu padre  
te arrastra al mal, persuadido  
de que al bien te lleva?

CÁRMEN. Si...

(Como comprendiendo de lleno su situación)

Tan venturoso le he visto  
con mi silencio, que acaso  
por eso hablar no he sabido.

CLEM. ¿Y sabes que esa ventura,  
si lo bastante vivimos  
para contemplar tus males,  
se trocará, por lo mismo  
que tanto te quiere, en penas  
y remordimientos vivos  
que le maten?

CÁRMEN. Si. (Aterrada.)

CLEM. (Con energía.) Pues eso  
no es cumplir con el divino  
precepto que manda honrar  
padre y madre; no! Los hijos,  
cuando el padre *equivocado*  
lanzarlos quiere á un abismo,  
deben la luz enseñarle,  
y en el caso que te digo,  
la virtud de la obediencia  
se convierte en un delito!

CÁRMEN. Y qué he de hacer?

CLEM. Resistir  
por bien de tu padre mismo,  
por el del pobre Javier,  
por el tuyo, ¡por el mio!  
Resistirte á pronunciar  
un juramento sacrilego,  
que engaña á un hombre y ofende  
á Dios, que de él es testigo.  
No te cases, hija mia,  
de tu padre sin permiso; (Mucha claridad.)  
mas tampoco, porque él quiera,  
des tu mano sin cariño.  
— ¡El amor no es mercancía  
que se remata en martillo

al mejor postor! ¡La que hace  
comercio de él, es ludibrio  
de la sociedad!—No, hija:  
si tu padre persuadido  
por una falsa esperiencia  
ó arrastrado por el siglo,  
quiere que la dicha cambies  
por trenes y por vestidos,  
¿ni tú consentirlo debes  
ni yo puedo consentirlo!  
—Tu padre, para tí quiere  
todo lo que él no ha tenido,  
todo lo que ha deseado  
con ardor constante y fijo,  
y como el amor lo tuvo,  
sin afanes ni martirios,  
como nada le ha costado  
porque lo halló en su camino,  
como á él falta no le ha hecho,  
su precio no ha conocido...  
que el bien se aprecia ¡en aquello  
que nos costó conseguirlo!

CÁRMEN. Mas...

CLEM. Buen padre, para tí,  
busca con errado juicio  
los goces que hoy son su dicha:  
los que á tu edad—por lo mismo  
que no los tuvo—ansió tanto  
por él, por mí y por sus hijos...  
¡y en tu porvenir pensando  
da tu presente al olvido!

CÁRMEN. Mi presente!... (Con amargura.)

CLEM. Á cada edad  
dar lo suyo el Señor quiso.  
La tuya, es la de los goces  
del corazon y el espíritu;  
y querer que esos no tengas  
por procurarte advertido  
los de otra edad aun distante,  
es tan grande desvarío  
como arrancar á los árboles  
las flores que brotar hizo

en ellos la primavera  
con sus dulces vientos tibios...  
para asegurar los frutos  
que han de dar en el estio.

CÁRMEN. Aconséjame. (Rápidéz.)

CLEM. Hija, estamos  
en momentos decisivos.  
Javier de un momento á otro  
debe venir á decirnos  
«adios,» que esta misma noche,  
dando tu amor por perdido,  
marcha á Cádiz á embarcarse;  
y al par vendrá aquí solícito  
el conde, á quien ya tu padre  
que le aceptas habrá dicho.

CÁRMEN. Si Javier se va... (Con afliccion.)

CLEM. En tí estriba.

Piénsalo: yo no te digo  
que le hagas cambiar de idea;  
mas lo que sí te repito  
jes que no te cases, Cármen,  
sin mucho amor!

CÁRMEN. (Muy sobresalta 'a.) He creído  
oir que á la puerta llaman  
como *él* llama!

(Oprimiéndose el corazon con las manos)

Él es de fijo!

CLEM. «¡Como él llama» y aun vacila! (Para sí.)

—Hija, vamos. Es preciso  
sobreponerte á tus penas  
y ánimo mostrar tranquilo  
para que mas no se apure  
al verte ese pobre chico.

CÁRMEN. Tendré los ojos hinchados.

CLEM. Coqueta! (Cariñosamente.)—Adelante, hijo.

#### ESCENA IV.

CLEMENCIA, CÁRMEN, JAVIER.

JAVIER. (Desde el foro.) Ese nombre merecer  
fué mi sueño y mi ilusion.

Mas los sueños... sueños son.

(Javier baja y da la mano á Clemencia, que se la estrecha cariñosamente )

CÁRMEN. Luego te vas!

JAVIER. ¿Qué he de hacer!

Tu conoces ya bastante  
mi génio seco y adusto  
y sabes cuán poco gusto  
de hacerme el interesante.  
Por tanto comprenderás  
que al decir que no me quedo  
porque estar aqui no puedo  
jes que ya no puedo mas!

CÁRMEN. Y que harás?

JAVIER.

Irme de aquí.

—Para cuando me haya ido  
no tengo plan concebido  
ni sé que va á ser de mí.  
Me iré;... y una vez allá,  
con no verte y con no hablarte,  
puede que logre olvidarte.

CÁRMEN. ¡Olvidarme!

JAVIER.

Dios dirá.

CÁRMEN. Está bien.

CLEM.

Vamos, Javier.

Vamos, Carmela, por Dios.  
Estan ustedes los dos  
fuera de juicio, á mi ver.  
Qué es esto? Quién vió jamás,  
cuando hay amor verdadero,  
que al obstáculo primero,  
se ceda sin mas ni mas?

CÁRMEN. No te canses, mamá, no.  
Cuando tan pronto ha podido  
acordarse del olvido,  
no me querrá mucho.

JAVIER.

¡Yo!...

Cármén, tú no estás serena;  
pero yo no soy de roca:  
¡oir eso de tu boca  
faltaba solo á mi pena!

CÁRMEN. No te vas?..

JAVIER. ¡No me he de ir  
mirando lo que sucede!  
¿Quieres que en Madrid me quede  
á verte con otro unir!  
Mi cerebro no está enfermo  
cuando de esto me hago cargo:  
no estoy loco; y sin embargo  
há tres noches que no duermo  
por la idea perseguido  
de que un día en cualquier parte  
puedo, Cármen, encontrarte  
del brazo de tu marido.

CÁRMEN. Javier!

JAVIER. Si, hija mia, si.  
Desdeñado por tu padre,  
por mas que diga tu madre,  
nada que hacer tengo aquí.  
Él, que yo te llame mia  
pensar no puedo que deje:  
tú—perdona que me queje—  
tienes muy poca energia  
y no te has de rebelar.  
Conque, uniendo estos extremos,  
mira en que esperar podemos,  
que yo no lo sé mirar.

CÁRMEN. Yo resistirle no sé:  
tienes razon; lo confieso.  
(Á Javier, reconviniéndole con cierta energia cari-  
ñosa.)

CLEM. Y es á hacerle decir eso,  
á lo que há venido usted?  
Usted lo mismo que yo  
aconsejar debe aquí  
que luche y discuta, sí;  
mas que se rebele, ¡no!  
Si obedece á su conciencia  
y á su padre no se atreve,  
usted mas que nadie debe  
respetar esa obediencia.  
No condene en ella cosas  
que en su alma tiene usted fijas.  
¡Jamás de las malas hijas

salieron buenas esposas!  
JAVIER. Señora, Dios me es testigo  
de que mientras he pensado  
que hubiera Carmen ganado  
no casándose conmigo,  
no ha cruzado por mi mente,  
sin hacer por rechazarla,  
la idea de aconsejarla  
que fuera desobediente.  
Una secreta partida  
que hoy mi rectitud condena,  
le hubiera ahorrado la pena  
de esta amarga despedida...  
y en la emigración forzosa  
á que me miro arrastrado,  
no fuera tan desdichado  
sabiendo que era dichosa.  
Mas hoy que el convencimiento  
mas completo en mi alma nace  
de que á hallar va en ese enlace  
el mas horrible tormento...  
ni temer puedo apartarla  
de que á su padre obedezca,  
ni me importa que padezca  
con tal que logre salvarla. (Ligera pausa.)  
—No soy el que en la memoria (Á Carmen.)  
grabada tu imágen tiene.  
Soy el médico que viene  
á recordarte una historia.  
Óyela y juzga por tí  
si está ligado á tu suerte  
lo que en su lecho de muerte  
á una moribunda oí.  
—En años primaverales  
una tímida paloma  
que aun respiraba el aroma  
de los besos maternos,  
unida con dulces lazos  
que hechos juzgó de caricias,  
soñando amor y delicias,  
fué de un esposo á los brazos.  
Una noche, cuando estaba

de España para partir,  
me llamaron á asistir  
á una enferma que espiraba.  
Ansioso la interrogué,  
y, los ojos entreabriendo,  
tristemente sonriendo,  
«¿Á qué he de cansarle á usted?»  
—dijo, con una amargura  
que me hizo perder la calma.—

«Yo estoy enferma del alma  
y mi mal no tiene cura.»

CLEM. Y á qué recordar ahora  
ese drama de familia

que mató á la pobre Emilia?

JAVIER. ¿Á qué? Sabe usted, señora,  
que sus días no cortaron  
los filos de una dolencia?

¡Que la hirió la indiferencia  
del hombre á quien la entregaron?

CLEM.. Si.

CÁRMEN. Si. (Casi á un tiempo.)

JAVIER. ¿Y sabe usted quizá  
cómo se llamaba el hombre  
causa de ese mal sin nombre?

CLEM. El baron de Belestá. (Rápidamente.)

JAVIER. Y usted le conoce?

CLEM. No.

JAVIER. Tambien, señora, creia  
yo que no le conocia,  
y cuando ha poco me oyó  
decir un mi amigo á quien  
Cármen prometida estaba  
y supe lo que ignoraba,  
y usted ignora tambien,  
aunque lo quise dudar  
ni aun dudarle me fué dado,  
porque el mismo interesado  
no lo trata de ocultar.

CLEM. Hable usted. ¿Qué conexion,

(Con viva ansiedad dudando lo que adivina.)

qué lazos hay que le alarman  
entre la boda de Cármen

- y la historia del baron?
- JAVIER. Á nadie esa historia esconde  
que él tiene por muy honrosa.  
El baron, muerta su esposa,  
compró un título de conde...  
Así empezó á figurar;  
así se hizo conocido...  
¡y ese es, Cármen, el marido  
que te va tu padre á dar!
- CLEM. } É!  
CÁRMEN. }  
CLEM. No lo llegará á ser!  
Suceda lo que suceda,  
usted en Madrid se queda.
- JAVIER. Mas...
- CLEM. Lo exijo yo.
- CÁRMEN. Javier... (Suplicante.)
- CLEM. Si hasta hoy acaté gustosa  
la voluntad de su padre,  
los temores de la madre  
harán ser fuerte á la esposa.
- JAVIER. Mas si sordo á sus acentos  
se aferra en sus opiniones,  
que hará usted?
- CLEM. Á sus razones  
opondré mis sentimientos.  
—Entre usted ahí, entre usted.  
(En la habitacion de la derecha.)
- JAVIER. Pero...
- CLEM. Aun duda usted de mí?  
Javier, en un caso así  
no hay madre débil. Yo haré  
por despertar su conciencia;  
le pintaré su quebranto...  
yo lloraré en fin... y el llanto  
es la mejor elocuencia!
- JAVIER. Será en vano que usted clame  
si Cármen no niega el sí.
- CLEM. Javier, entre usted ahí  
y espere hasta que le llame.  
—No sé cómo he de lograr  
convencer á mi marido,

mas sé que á Dios se lo pido  
y que Dios me ha de inspirar.

JAVIER. Cedo.

CÁRMEN. Gracias.

JAVIER. Fuerzas!

CLEM. Oh!...

Estoy de vencer segura!

(Estrecha á Cármen con arretrato.)

¡Lidiando por su ventura  
nadie es mas fuerte que yo!

### ESCENA V.

CLEMENCIA, CÁRMEN, LEANDRO, ISIDORO.

Javier desaparece por la puerta derecha.—Cármen, que está á la izquierda, va hácia su madre en el momento en que aparecen en el foro D. Leandro é Isidoro. Cármen sorprendida no se atreve á alzar los ojos del suelo.

LEAND. Ya estamos todos aquí.

(Con jovialidad. En el foro.)

ISIDORO. Señoras?... Conque al fin veo (Á Cármen.)  
realizado mi deseo?

(Clemencia, que le ha bajado la cabeza á Isidoro,  
permanece pensativa.)

CÁRMEN. Papá lo dispone así...

ISIDORO. Gracias. Me hace usted dichoso.

CÁRMEN. Yo... (Mamá!)

CLEM. Puedes dejarnos,

(Con resolucion. Ha concebido su plan.)

Cármen.—Quizá el escucharnos  
le seria embarazoso.—

(A Leandro é Isidoro en tono ligero.)

LEAND. ¿Cómo!

CLEM. Estas cosas á veces

las hacen ruborizar,  
y como hemos de arreglar  
los tres ciertas pequeñeces...

ISIDORO. Por mí...

(Después de cruzar con Leandro una mirada de es-  
trañeza.)

- CLEM. Siempre fué mi táctica,  
aun en las cosas mas sérias,  
ocultarle las miserias  
que encierran la vida práctica.
- LEAND. Bien. Vete. Puesto que así  
parece que lo desea  
tu madre.—¿qué mas da? Sea.  
(Consultando con la vista á Isidoro.)
- CÁRMEN. (En tí fió. (Al pasar junto á su madre.)
- CLEM. Fia en mí!  
(Clemencia acompaña á su hija hasta la puerta de  
la izquierda y permanece por un momento ensimis-  
mada, pasado el cual dirige una mirada al cielo,  
besa la cruz que lleva al cuello y se dirige á Isidoro  
y Leandro en el instante en que el último le dirige  
la palabra.)

## ESCENA VI.

CLEMENCIA, LEANDRO, ISIDORO.

- LEAND. (Usted la entiende? (Por Clemencia.)
- ISIDORO. ¿Entender?  
Como usted.
- LEAND. Yo no he entendido...
- ISIDORO. No! Si hasta el dia no ha habido  
quien entienda á una mujer!)
- LEAND. Vaya, nos querrás decir  
—si es que ya es tiempo—esas cosas  
tan graves y misteriosas (En tono muy jovial.)  
que Cármen no puede oír?  
(Clemencia, que habrá cerrado la puerta por donde  
se fué Cármen, cierra la de la derecha y se dirige  
hácia el foro para hacer lo propio. Isidoro la com-  
prende y se le adelanta y la cierra. Leandro, al ver  
lo que hace su mujer, se dirige á ella y la interroga  
con extrañeza y acritud.)
- LEAND. ¿Me explicarás?...  
CLEM. De eso trato.  
(Á Leandro con frialdad.)  
—Puesto que del casamiento  
(Con amarga frialdad.)

que Dios hizo un sacramento,  
hace hoy el hombre un contrato,  
la madre que ha de firmar  
la escritura en que se fija  
(Frialdad y cierta ligereza sarcástica.)  
el porvenir de su hija,  
debe saber *contratar*.

(Destacando la palabra mas con el gesto que con la voz.)

LEAND. ¿Pero estás loca? (Con cierta violencia.)

ISIDORO. Por qué?

Porque sin hipocresia  
va al asunto? Esa es la mia.

Nada, nada, siga usted.

CLEM. Ves? Tú eres muy delicado

y con razon he temido

que en este asunto hayas sido  
*algo* desinteresado.

Por eso empeño formal

de que se hable claro tengo,

y á que asi suceda vengo.

(Con resolucion enérgica.)

ISIDORO. (Digo, digo, la ideal!) (Conteniendo la risa.)

CLEM. Entre personas de clase

(Haciendo la comedia, como se dice vulgarmente.)

embaraza tratar cosas

de suyo tan enfadosas;

mas como estas son la *base*,

cuando una hija *colocamos*,

aun la madre mas reacia

tiene que hablar... verbi gracia

de... del dote.

ISIDORO. (Á lo que estamos!)

LEAND. Mas... (Con repugnancia.)

CLEM. Yo digo la verdad,

(Frialdad, que contraste con el estado de violencia  
en que va estando Leandro.)

que aquí hablamos sin testigos.

ISIDORO. No! Y que mientras mas amigos,

debe haber mas claridad. (Rapidez.)

LEAND. Es que hay cuarenta maneras

de decir la verdad toda,

- (Mirando coléricamente á Clemencia.)  
y no se ajusta una boda  
como una libra de peras!
- ISIDORO. Cuestion de forma.  
(Procurando tranquilizarlo. Alejándose.)
- LEAND. Lo sé.  
(Siguiéndolo. Clemencia vé con regocijo la repug-  
nancia de Leandro.)  
Mas bien aguardar podia,  
que eso al fin de usted saldria...  
Y ya, saliendo de usted,  
(Clemencia sigue observándolo sin moverse de donde  
está.)  
sin que nadie le convenza,  
el caso de aspecto muda.
- CLEM. (Al ver su idea desnuda, (Gozosa.)  
hasta él mismo se avergüenza!) (Lástima.)
- ISIDORO. Yo no hallo causa de espanto.  
No está tan en su lugar  
un «cuánto le va usted á dar?»  
que un «yo pienso darle tanto?»  
Lo mismo en el matrimonio  
que en negocios de interés,  
no hay mas que... uno y dos son tres  
ante todo y... qué demonio!  
no hay por qué hacer el Quijote,  
hoy que aquella mas mirada  
tira al yerno una puntada,  
si pronto no fija el dote.
- CLEM. Ves? El conde hace que calles.  
—Como él y yo nos casamos (Á Isidoro.)  
pobres y amantes, no estamos  
en todos esos... detalles.  
(Tono ligero, pero con mucha intencion.)
- ISIDORO. Á hablar de eso me resisto.  
(Esquivando hablar de ello, pero deseándolo ya.)  
Mas si usted...
- ISIDORO. Ya... ya. (No quiero  
mas, échalo en el sombrero.)  
Yo, como en otra me he visto,  
á mis recuerdos acudo  
y encuentro muy natural

- ese celo maternal.
- CLEM. Ah, sí! que usted es viudo.
- ISIDORO. Tengo ese horrible pesar,  
es decir, esta alegría; (Rápidamente.)  
porque si no, no podría  
ahora volverme á casar.—
- CLEM. Ves como no me escedí?
- LEAND. Bien... bien.
- CLEM. Con que aquellas bodas  
se ajustaron?... (Fingiendo estrañeza.)
- ISIDORO. —Como todas.  
—Todo se previno allí!  
Oh... no, no. Aquella familia  
hizo, cuanto hacer es dable,  
porque un porvenir estable  
gozara mi pobre Emilia.  
(Sin que le pase la pena del chaleco.)  
Eso sí!
- CLEM. Y si no me engaño,  
(En el mismo tono de sentimiento que Isidoro.)  
ese porvenir tan loco  
le duró poco.
- ISIDORO. Muy poco.  
Murió al año.
- CLEM. (Murió al año!!)
- (Á Leandro rápidamente, con acento terrible.)
- LEAND. Alguna antigua dolencia...
- (Á Isidoro, pero contestando á Clemencia.)
- ISIDORO. Tal los médicos creyeron,  
segun despues me dijeron;  
porque eso pasó en mi ausencia.
- CLEM. Ah... pues no fué poca suerte.  
Se aprenden á veces cosas  
tan terribles y horrosas  
cerca de un lecho de muerte!
- ISIDORO. Cómo!
- LEAND. Vamos, hombre, vamos.  
(Interponiéndose entre los dos.)  
Ahora hablar de eso... Es mania!
- CLEM. Cierto, sí. Nadie diria (Afectando ligereza.)  
que aquí una boda arreglamos.
- ISIDORO. Tienen ustedes razon;

y les pido mil perdones.

—Conque ¡ea! á las condiciones de nuestra próxima union.

LEAND. Yo... (Afectando repugnancia y separándose.)

CLEM. Yo sí.

(Durante esta escena puede oírse, siempre lejana, la polka «Les financiers» tocada al piano. En el teatro en que se haga esto, el director cuidará de colocar oportunamente el ruido de monedas, los besos y el cuco.)

ISIDORO. Usté es de las mias.

Hablemos en plata.

CLEM. En *plata*,

sí!—Porque aquí no se trata de amor ni de tonterias.

Se trata... esta es la verdad, por mas que dura parezca, de que Carmen se establezca con lujo y comodidad.

Se trata...

LEAND. Pero, mujer;  
(Casi ciego de cólera.)

te atreves á proferir?...

CLEM. ¿Por qué no se ha decir

(En un arranque de indignacion.)

¡si se piensa y se va hacer?

ISIDORO. Justo: nada de primores.

Lo demas es alharaca.

LEAND. No, no. Es que hablar de esto saca á la cara los colores!

(Clemencia ve con gozo la gradual indignacion de su marido.)

ISIDORO. Ah... es el hablar! Se concibe.

Pero hay remedio inmediato.

(Maliciosamente.)

Un proyecto de contrato

en un dos por tres se escribe.

Usted se queda con él;

lo discuten sin testigo;

y despues hablan conmigo.

—¿Tiene usted por ahí papel?

CLEM. Si, voy.

(Se dirige rápidamente al secreter.)

LEAND. Eso es otra cosa.

ISIDORO. Ah!...—Déje usted que yo abra.

(A Clemencia, que destuerce la llave.)

CLEM. Si ya está.

(Entregándole el papel que ha sacado del mueble, cuya puerta deja abierta. Isidoro pasea una mirada por la escena, como buscando donde escribir; Clemencia le señala el gabinete del fondo, al que se dirige inmediatamente. Leandro al ver alejarse á Isidoro, dice á su mujer con terrible energía y muy por lo bajo.)

LEAND. (Ni una palabra!...

Esta escena bochornosa...

CLEM. Es fuerza que la concluya.

LEAND. Y quién te ha dado derecho?...

(A media voz.)

CLEM. Quién? Tú! Yo la escena he hecho; pero la comedia es tuya!

ISIDORO. Pueden ustedes hablar

(Desde el foro, al notar que han bajado la voz.)

de recio, si bien les cae;

que á mí nada me distrae.

(En tono chancero.)

LEAND. Pero va usted á improvisar?

ISIDORO. En conociendo la ruta,

¿quién no redacta en un rato

la minuta de un contrato? (Escribe.)

CLEM. El contrato! La minuta!

(Con desaliento y amargura. Isidoro sigue escribiendo durante la escena siguiente, siempre á la vista del público. Clemencia al verse sola con su marido y, como no pudiendo seguir con su fingimiento, se dirige á él muy conmovida y empieza la escena á media voz y así la continua hasta que dominada por las ideas que se agolpan á su cabeza se olvida de cuanto la rodea y va alzándola.)

## ESCENA VII.

LEANDRO, CLEMENCIA.

CLEM. Leandro; ¿ves algo aqui,

que hablando á tu fantasia,  
pueda recordarte el dia  
en que me pediste á mí?  
En esta boda, con toda  
su riqueza, no hallo yo  
la dicha que presidió  
á aquella tan pobre boda.

Aun creo estar escuchando  
lo que á mis padres decias.

Tú conmovido pedias  
lo que ellos daban llorando...

y en tanto, yo sin rebozo  
decia cuanto te amaba,  
y á los cuatro nos juntaba  
en un solo abrazo el gozo.

Por qué falta en este dia,  
cuando se forma igual lazo,  
aquel dulcísimo abrazo  
y aquella santa alegría?

Porque aquí nuestra cabeza  
piensa lo que allí sentimos;  
porque allí «¡dicha!» dijimos,  
y aquí decimos «riqueza!»

LEAND. Mas... (Indicándole que Isidoro la oye.)

CLEM. Madre, con voz escasa, (Sin oírle.)

dijo entonces temblorosa:

«Tú honrado, mi hija hacendosa,  
los dos juntos hareis casa.»

Y así fué! la fé sencilla,

nacida del puro amor,

que daba santo calor

á nuestra pobre buhardilla,

tu trabajo hizo valer

y mi trabajo bendijo,

y al ver crecer á tu hijo

¡ví tu fortuna crecer!

(Movimiento en Leandro de penosa inquietud y ya algo cariñoso con Clemencia, la escucha preocupado. Clemencia que lo nota, dice con el gozo que da un recuerdo feliz y esperando convencerlo.)

¿Recuerdas las alegrías

de un dia de procesion

en que, conmigo al balcon,  
salir al niño veias...

luciendo el nuevo vestido  
que, con retazos brillantes,  
¡velando! la noche antes  
le habia yo concluido?

—No, no: por mas que se diga,  
nada satisface mas

que oir:—«qué precioso vas!»

—«Dios á tu madre bendiga!»

¡Y por qué hemos de privar

(En un arranque al ver á Leandro que empieza á  
inmutarse.)

á Cármen de esa ventura,  
para que en la edad madura  
dicha igual pueda gozar?

(Disgusto é impaciencia de Leandro.)

No hagas que tome un atajo  
en que el mas firme tropieza;

¡ir déjala á la riqueza  
por la senda del trabajo...

que asi sin hacer añicos  
sus afecciones mas puras,  
sentir podrá esas venturas

¡que ni aun soñaron los ricos!

LEAND. Basta! tú de toda cosa

(Ya preocupado por las razones de Clemencia )  
ver evitas el reverso.

Tú quieres vivir en verso  
y la existenciá está en prosa!

CLEM. La tuya y tal vez la mia  
puede ser; mas no la de ella,  
que ahora corre esa edad bella  
del amor y la poesia.

No quiero que al cuerpo roben  
ese pan que el hambre calma;  
¡pero amor es pan del alma,  
sin el cual no vive el jóven!

LEAND. Delirios que la esperiencia  
deshace con su verdad.

¡En todo caso y edad (Con cierta solemnidad )  
la dicha es una, Clemencia!

CLEM. ¿Una?!...

(Como inspirada en aquel momento por una idea salvadora corre hácia el secreter que dejó abierto, toma una cajita rápidamente y se dirige á don Leandro con la seguridad del triunfo. Este la escucha cada vez mas conmovido y sin acordarse de mirar al foro, por el temor de que lo oiga Isidoro como hasta aqui.)

Momentos despues acaba de escribir Isidoro y baja, papel en mano; al dirigirse á ellos repara en la actitud de los dos, se detiene y oye. El actor comprenderá las distintas impresiones que le haya de causar lo que está oyendo.)

—Acaso has olvidado

la muerte del tierno niño,  
fruto de nuestro cariño,  
que tanto y tanto has llorado?  
En su corta edad no tuvo  
mas que un deseo su pecho  
que al punto ver satisfecho  
en nuestros medios no estuvo.  
Pobres, y sin mas amparo  
que tu trabajo del día,  
el juguete que queria  
nos pareció entonces caro.

—Pero Angelito enfermó; (Empañada la voz.)  
el médico al fin me dijo  
que me quedaba sin hijo!...  
y aunque él lo callara, yo  
que á su cabecera estaba  
y contaba sus alientos,  
sentia que por momentos  
el Señor se lo llevaba.  
De repente tú saliste  
de la alcoba, como un loco,  
sin decir nada, y á poco  
con esta caja volviste.  
Se la enseñaste, la vió;  
nos sonrió dulcemente  
(Dominando el sentimiento.)  
y vi aclararse su frente  
y vi que se incorporó...

¡Y hasta que de vida asomo  
no dejó en él la agonía,  
fué feliz... porque tenía  
estos soldados de plomo! (Sin abandonarse.)

LEAND.

Calla!

CLEM.

No!—Si en toda edad,

(Con mucha energía )  
segun por tu prisma ves,  
y sigues creyendo, es  
una la felicidad,  
esto fué lo que reposo (Abriendo la caja.)  
dió á Angelito en su agonía.  
¡Renazca en tí la alegría:  
juega un rato y sé dichoso!

(Arroja con violencia sobre el velador los soldados  
que contiene la caja. Leandro confundido, inclina la  
cabeza. Clemencia levanta algunos soldados y le se-  
ñala de nuevo á ellos. Isidoro se pasa la mano por los  
ojos y da un paso; Clemencia le detiene con la accion  
al decirle muy por lo bajo «un momento.»)

¡Juega!! (Secamente.)

LEAND.

Clemencia!!

(Balbuciente y sin levantar la cabeza.)

CLEM.

(Á Isidoro suplicante.) Un momento!

LEAND.

No mas, no mas.

(Á Clemencia, que se le acerca como abrumado por el  
peso de sus razones.)

CLEM.

Ya concluyo.

—Dale á cada edad lo suyo! (Con solemnidad.)

—Yo tengo un remordimiento!

(Cogiendo á Leandro por el brazo y casi hablándole  
al oido. Dominada ya por el sentimiento y abatida  
por el esfuerzo que ha hecho. Hasta ahora no debe  
haber derramado una lagrima la actriz. Ya no pue-  
de mas.)

—Con el afan de lograr  
al pobre Angelito abrir  
un brillante porvenir,  
le hicimos mucho estudiar!  
Su cabecita rizada,  
que por nuestra insensatez  
pensó ya tanto, tal vez

aun no estaba organizada  
para un estudio tan serio  
como el que al niño exigimos...  
¡y el porvenir que le abrimos  
fué un nicho en el cementerio!

LEAND.

CLEM.

Esto siente

quien con el uso se ofusca  
y á lo porvenir que busca  
sacrifica lo presente!

— ¡Por qué jugar no dejamos

(Con desesperacion.)

al niño en la edad del juego?

¡Por qué á Cármen el sosiego,  
de que hoy goza, arrebatamos,

si merced á ese maldito  
afán de prever se iria

¡quizás á hacer compañía  
en la gloria á su hermanito!

LEAND.

¡Hijo de mi corazon!

(Rompiendo el comprimido llanto con un grito de  
alma.)

CLEM.

La salvé! (Grito de alegría.)

LEAND.

Tú desde el cielo

vienes á rasgar el velo  
que ofuscaba mi razon.

CLEM.

Oh! (Dejando caer su cabeza sobre el hombro de  
Leandro, llorosa.)

LEAND.

Deja, deja: ese enlace

que obcecado procuré

yo mismo lo romperé.

Que Isidoro me rechace,

que me crea...

ISIDORO.

(Adelantándose.) Más no añada.

(Leandro, que hasta ahora no lo ha visto, al oirlo  
inclina la cabeza sobre el pecho y se apoya en un  
mueble sin atreverse á levantar la vista. Isidoro se  
coloca entre los dos y dice con amargura.)

## ESCENA VIII.

DICHOS, ISIDORO, que ha salido antes.

El que unido á su familia,  
tal vez mártir hizo á Emilia,  
no hará á Cármen desgraciada.

Aquel que sigue mi escuela

tan solo puede aspirar,

cuando es rico, á pasear

su fastidio en carretela.

—Cármen tiene amor y fé

y no ha menester mas que eso.

La dicha es ligero peso

y se lleva bien á pié.

(Arroja el contrato al suelo despues de hacerlo pedazos y se dirige al foro derecha. Leandro le estrecha antes las manos sin mirarlo. Clemencia va hacia él; quiere hablar é Isidoro desaparece rápidamente.)

## ESCENA IX.

LEANDRO, CLEMENCIA.

LEAND. Qué iba yo á hacer?!—Cármen!

(Lanzándose rápidamente á la puerta por donde desapareció esta y llamándola con ansiedad. Clemencia corre hácia la de la derecha y llama á Javier gozosa.)

CLEM. Oh! (Rapidez.)

Javier! Javier!

LEAND. ¡Él ahí?

(En la puerta de la izquierda. Con sorpresa y avergonzándose de tener que encontrarse con él frente á frente.)

CLEM. Es... que esperaban en mí (Aparece Javier.)  
¡y en Dios esperaba yo!

## ESCENA ÚLTIMA.

CLEMENCIA, LEANDRO, JAVIER y CÁRMEN.

- LEAND. Gracias!—Hija mía, ven.  
(Lo primero á Clemencia. Despues aparece Cármen y se lanza á ella balbuciente y con rapidez.)  
—Á un ciego error entregado  
hace poco, á punto he estado  
de hacer que pierdas tu bien.  
(La trae al primer término.)  
Mas hoy que toco mi error  
y de mi intento me asusto,  
quiero casarte á tu gusto;  
¿te casaré por amor!...  
¡Y no digo yo con él,  
que es un chico de carrera,  
queriéndolo tú... aunque fuera  
con un mozo de cordel!
- CLEM. Poco á poco, que eso es ir (Sonriéndose.)  
de una á otra exageracion.
- LEAND. Siendo rico el corazon  
se puede pobre vivir.  
—Junto á las dichas completas  
(Con rapidez vehemente.)  
que da una union venturosa:  
¿qué es un millon?... una cosa  
que no vale dos pesetas!
- JAVIER. Don Leandro!
- LEAND. Venga usted acá  
y afuera toda inquietud.  
Á gozar la juventud,  
que en la vejez... Dios dirá.  
—Que sois pobres? Bueno ¿y qué?  
Pasareis vuestros apuros.  
¡Yo tenia cinco duros (Rápidamente.)  
el día que me casé!
- CÁRMEN. Papá!
- LEAND. Lo tienes presente? (Á Clemencia.)
- CLEM. ¿Quién eso olvida jamás? (Rapidez.)
- LEAND. Cinco duros nada mas

- y nos fué tan ricamente. (Confidencialmente.)
- CLEM. Conque es cuestion arreglada?
- LEAND. Ó muy próxima á arreglarse.  
Si esta se anima á casarse.  
(Con gravedad cómica.)
- CÁRMEN. Yo siempre he estado animada.  
(Con candorosa ingenuidad.)
- LEAND. Y usted?
- JAVIER. Con el alma toda!
- CÁRMEN. Javier mio!
- JAVIER. Cármen mia!
- CLEM. ¡Esta es la santa alegría  
que presidió á nuestra boda!
- LEAND. Si, si! Todos la han ansiado  
allá en su tiempo florido:  
muchos la hemos conseguido,  
y á pesar de ello ha pasado  
ó pasa en la actualidad  
en cada casa esta historia.  
¡Ay! qué flacos de memoria  
(Con desesperacion cómica.)  
nos hacemos con la edad!
- CLEM. Basta. (Cariñosamente queriéndole evitar el sonrejo.)
- LEAND. Si! usted no se aplane  
al verse pobre, porque (Á Javier.)  
con algo que yo le dé  
y un poco que usted se gane...  
¡qué demonio!... ¡Veces mil,  
con su pobre compañera,  
no ha visto usted en una acera  
comer á un triste albañil,  
y de ocho veces las siete  
que esto mira no le choca  
que se le hace agua la boca  
al contemplar el banquete?...  
Pues no es que un soberbio aliño  
haga sus viandas gratas.  
¡Es que vé comer patatas  
sazonadas con cariño! (Conmovido.)
- JAVIER. Yo siempre he pensado asi.
- LEAND. Bien! ya lo sé, ya lo sé.  
Es que al decirselo á usted

- me lo estoy diciendo ¡á mí!  
(Dándose lástima y grima.)
- CLEM. Tienes en la lengua azogue?  
—Vamos esto se acabó.  
(Procurando siempre evitarle á D. Leandro que se sonroje delante de sus hijos. Él, que lo procura como expiación, le hace caso.)  
No sigas.
- LEAND. Y por qué no?  
Deja que me desahogue.  
—Al tocar lo que, pensando  
en labrarla un porvenir,  
hacia, estoy por salir  
por esas calles gritando  
en tono de ciego viejo  
que vende sus baratijas...  
«¡Oh, padres que teneis hijas,  
miraos en este espejo!»
- CLEM. En el que te has de mirar  
es en ese; en la ventura (Por Cármen y Javier.)  
que les dará su ternura;  
ventura que has de gozar  
aun mas que ellos.—Ya te veo  
por las mañanas temprano  
con un niño de la mano  
ir al Retiro á paseo  
y hablarle en su lengua ignota  
y besarlo una y mil veces...
- LEAND. Si! y echar pan á los peces (Regodeándose.)  
y jugar á la pelota!  
(Conmovido y suplicante.)  
¡Dadme un niño, porque... como  
(Mirando fijamente á Clemencia y estrechándole cariñosamente las manos y marcando mucho las palabras.  
Deténgase algo el actor en la palabra «como» para destacar el verso siguiente.)  
cada edad tiene su afán...  
¡los nietezuelos serán  
nuestros soldados de plomo!

FIN DE LA COMEDIA.

María y María.  
Madrid en 1818.  
Madrid á vista de pájaro  
Miel sobre hojuelas.  
Mártires de Polonia.  
¡¡María!! ó la Emparedada.

Negro y Blanco.  
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.  
Nobleza contra nobleza.  
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.  
Pescar á río revuelto.  
Por ella y por él.  
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.  
Por la puerta del jardín.  
Poderoso caballero es D. Dinero.  
Pecados veniales.  
Premios y castigo, ó la conquista de Ronda.

¡Que convidó al Coronel!...  
¡Que mucho abarca.  
¡Que suerte la mía!  
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo

Su imagen.  
Se salvó el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid*).  
Sueños de amor y ambición.  
Sin prueba plena.  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.  
Traidor, inconfeso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuración femenina.  
Un dómimo como hay pocos.  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huesped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco.  
Uno de tantos.

Un marido en suerte.  
Una leccion reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocacion.  
Un retrato á quemarropa.  
¡Un Tibero!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitácea.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una leccion de corte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un si y un no.  
Una lágrima y un beso  
Una leccion de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.  
¡Un regicida!  
Un marido cogido por los cabellos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.  
Armas de buena ley.  
A cual mas teo.

Claverina la Gitana.  
Cupido y Marte.  
Céiro y Flora.

D. Sisenando.  
Doña Mariquita.  
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El Bachiller.  
El doctrino.  
El ensayo de una ópera.  
El calésero y la maja.  
El perro del hortelano.  
En Ceuta y en Marruecos.  
El leon en la ratonera.  
El último mono.  
Enredos de carnaval.  
El delirio (drama lírico.)  
El Postillon de la Rioja (*Música*)  
Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.  
El capitán español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.  
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*)  
Jacinto.

La lítera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música*)  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la corte.  
La venta encautada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.  
La Jardinera (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alcarria.  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.  
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo

## PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

### PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena .....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy .....	Martí.	Mahon .....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila .....	Lopez.	Murcia.....	Herred. de Andrion
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Bañuedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.